

## PRESENTACIÓN DE ALAN

Fui el menor de tres hijos nacidos en el seno de una familia trabajadora de clase media. Mis padres intentaron ofrecer todo lo que consideraron que la familia que iba en aumento necesitaba. En muchos sentidos fui un muchacho afortunado, porque nunca me faltó nada material ni sufrí ningún tipo de abuso físico.

Si bien mis necesidades físicas estaban bien cubiertas, mi familia funcionaba de forma muy fría, distante y formal. Nuestra casa estaba llena de personas considerablemente brillantes, pero la comunicación entre nosotros era más un ejercicio de inteligencia y educación que un intercambio verdadero de sentimientos, experiencias y preocupaciones. A una edad muy temprana, aprendimos que cada uno era el encargado de solucionar sus problemas y en realidad parecíamos más una colección de individuos, cada uno inmerso en su particular lucha por sobrevivir, que una unidad familiar.

Toda la familia giraba en torno a un único eje: mi padre. Nunca cabía la menor duda de que era el cabeza de familia

y su personalidad, gustos, manías, temores, prejuicios e inseguridades formaban el núcleo de nuestra existencia. Mis padres eran personas muy trabajadoras que por razones personales parecían incapaces o poco predispuestos a mostrar sentimiento alguno que no fuera entre ellos dos. Juntos daban la impresión de haber formado una personalidad miica y nunca se arriesgaban a que otra persona se acercara demasiado a ellos. Eran buenas personas pero estaban obsesionados por mantener el mundo a raya.

A edad muy temprana recuerdo haberlos visto participar en actividades sociales fuera de casa, pero con el paso del tiempo fueron apartándose de todos y de todo. Como consecuencia recibíamos muy pocas visitas y no era el tipo de entorno al que uno habría querido traer a sus amigos. Si recuerdo esa época veo a mis padres como salidos de la era victoriana, fuera de lugar en un mundo en proceso de cambio. Consideraban que si uno llevaba una vida educada y totalmente formal, se podía vivir sin implicarse emocionalmente.

A los seis o siete años, la edad de la que tengo mis primeros recuerdos verdaderos, era un niño confundido, asustado. Nada de lo que me rodeaba tenía demasiado sentido y nadie de mi entorno parecía dispuesto a darme explicaciones al respecto. En aquel entorno frío, poco comunicativo e impersonal, tenía la impresión de que yo era el único que no comprendía las cosas.

Siempre hacía algo que infringía alguna regla familiar sobrentendida. En mi casa se esperaba que conociéramos las respuestas y nos enseñaron, desde bien pequeños, que si no las sabíamos era cosa nuestra averiguarlas. Cuando metía la

pata, algo bastante habitual, la reacción con la que me encontraba era de asombro por ser tan inútil, seguida de algún comentario del tipo «¡Realmente tendrías que haberlo sabido!».

Una de las primeras lecciones que me enseñó mi padre fue que los «triunfadores» nunca muestran sus emociones. Recuerdo con claridad cómo me insistía: «Si permites que otras personas vean tus emociones, les habrás dado un arma que usar en tu contra». En el mundo de mi padre estaba bien sentir algo, pero consideraba un grave y peligroso error permitir que otra persona detectara esos sentimientos. En retrospectiva creo que mi padre intentaba convertir en estilo de vida para su familia una conducta que le funcionaba en el ámbito empresarial.

Las muestras de afecto eran inexistentes y no recuerdo que mi padre ni mi madre nos besaran o abrazaran. Mientras reflexiono sobre esta etapa de mi vida, la sensación que me embarga es la de sentirme en un vacío frío e insensible en todo momento, rodeado de desconocidos que, al parecer, deseaban seguir siéndolo. Vivía en un entorno en el que me sentía tonto y fuera de lugar; me sentía «diferente» a las personas que me rodeaban.

Cuando empecé a ir a la escuela, la vida se tomó aún más confusa. Aquellas personas nuevas, mis compañeros de clase y los maestros, no se parecían en nada a las de mi casa. Era un mundo de ruidos, emociones y enfrentamientos directos, y yo carecía de experiencia en todo aquello. En casa nada se abordaba de forma directa. Todos nos escabullíamos por el margen de las cosas en un esfuerzo consciente por no «inmiscuimos» en «los asuntos de los demás».

En el colegio las normas eran totalmente distintas. Pasé esos primeros años aturdido en una especie de limbo. Si en el colegio me comportaba como me habían enseñado en casa, no encajaba; y si trataba de comportarme como lo hacía la gente del colegio al llegar a casa, rápidamente me ponían en mi sitio.

Nada de aquello tenía sentido para mí y lo único que aprendí es que no parecía encajar en ningún lugar. Pasé el resto de mis años escolares yendo y viniendo entre estos dos entornos tan radicalmente distintos, sintiéndome como un extraño en ambos.

Poco después de empezar a ir al colegio descubrí la masturbación. Aunque veía a todos los que me rodeaban distintos a mí, disfrutaba compartiendo ese placer con otro niño. Al poco tiempo inicié mis intentos burdos por exteriorizar mis tendencias. Por aquel entonces debía de tener siete u ocho años y casi de inmediato me pillaron practicando juegos sexuales con un niño que era un par de años menor que yo. La reacción emocional de mi madre ante este incidente (algo que describiré de forma más detallada cuando trate el tema del secretismo) me impactó sobremedida. Se quedó horrorizada.

Por primera y única vez en mi vida la vi exaltada y fuera de control. Me arrastró al cuarto de baño e intentó «restregar» la suciedad mientras gritaba: «Sólo las personas retorcidas, enfermas y malvadas hacen cosas así!». (Debería señalar que el «delito» en cuestión se reducía a caricias mutuas.) Su mayor preocupación, algo que no dejaba de repetir como una histérica, era evitar que mi padre supiera que yo estaba «enfermo».

Llegados a ese punto decidió castigarme de forma un tanto extraña. Me castigó, pero insistió en que le dijéramos a mi padre que era por haber hecho otra cosa. Me dijo que si revelaba el motivo verdadero del castigo, las consecuencias serían mucho, mucho peores. Desde el momento en que salí del cuarto de baño, la relación entre los dos, mi madre y yo, se convirtió en una confrontación. Pasó a ser mi enemiga, una persona que compartía una parte de un secreto oscuro y que me observaba constantemente para ver si encontraba otros indicios de mi «diferencia».

Mientras yacía en la cama aquella noche, masturbándome y fantaseando como siempre, me di cuenta de algo que nunca antes se me había ocurrido. Me figuré que si sólo las personas enfermas y malvadas disfrutaban masturbándose, y a mí me encantaba, entonces sin duda era un ser enfermo y malvado. En mi mente infantil, la lógica parecía perfecta; la razón por la que no encajaba en ningún entorno era que no era como ellos..., era diferente.

Hago aquí un inciso para añadir lo que considero que es una observación importante. Si alguien llega a la conclusión precipitada de que lo que he explicado hasta el momento «me convirtió» en pederasta, esa persona se equivoca. Lo que he intentado describir pone de manifiesto cómo empecé a sentirme «diferente» de los demás, un aspecto de mi personalidad en desarrollo que más adelante utilizaría como justificación para mis actos. Pero estas mismas circunstancias pueden darse en otra persona sin que ésta acabe siendo un pederasta.

Considero que existen multitud de factores que me llevaron a poner en práctica mis tendencias y que los que he

mencionado aquí sólo ponen de manifiesto cuán temprano me consideré «especial».

Mis padres hicieron todo lo que consideraron correcto para educar a sus hijos. Aunque me gustaría que hubieran hecho algunas cosas de modo distinto, estoy convencido de que siempre se comportaron siguiendo lo que creían más conveniente para la familia.

Debo reconocer que no siempre he tenido esta opinión sobre mis padres. Durante mucho tiempo, me desagradaron profundamente y los odié por lo que creía que «me habían hecho». Sin embargo, al recordar ese período me doy cuenta de que esa postura no era más que una forma de mantenerme en el papel de víctima.

Si bien otras personas y las circunstancias han desempeñado un papel importante en mi desarrollo, fui yo quien unió todas las piezas de forma que me beneficiaran al máximo. Incluso en esta etapa tan temprana de mi vida, era una persona muy asustada. No me gustaba tratar con otras personas porque no las comprendía y siempre temía que me rechazaran o hirieran.

Antes de que me pillaran exteriorizando mis tendencias, me sentía diferente pero no comprendía por qué. Después, sin embargo, me proporcionaron una forma de justificar todos mis fracasos, defectos, temores y frustraciones, era un callejón sin salida. Al fin y al cabo, no me comportaba como «los demás», «era diferente». Yo era un niño y empecé a construir mi identidad no sólo en torno a un sentimiento de diferencia, también me veía como víctima.

En vez de enfrentarme a la realidad de mi situación, convertí el objeto de mi deseo en algo que afirmaba detestar.

La brecha mental que existía entre «mi» mundo y «su» mundo era con el paso de los años cada vez mayor, al igual que el tiempo que dedicaba a fantasear y exteriorizar mis tendencias. Aquella sensación creciente de ser diferente de los demás se convirtió en mi única identidad. Utilicé mi actitud victimista recién creada como herramienta para justificar mis pensamientos o acciones.

Me veía como una persona que «sin ser culpa suya» se veía privada de una vida «normal». Y mientras me convencía de que la suerte me había dado la espalda, me consideraba autorizado para hacer lo que me viniera en gana. No acataba sus normas, ¿por qué iba a hacerlo? Nunca se me permitió «entrar en el juego». Si quería obligar a algún niño más pequeño a mantener relaciones sexuales, ¿por qué no iba a hacerlo? Al fin y al cabo, yo era la víctima, no él. Este victimismo autoinducido e interesado me permitía hacer lo que deseara sin el menor atisbo de culpa, vergüenza, responsabilidad o remordimiento.

Al llegar a la adolescencia supe que era un cobarde. Mis compañeros y los mayores me atemorizaban en todo momento, pero de nuevo mi sensación de «diferencia» me permitía justificar mis defectos. Lo único que tenía que hacer era recordar que era bastante natural que una persona temiera a quienes eran diferentes a ella y, una vez recordado, me sentía plenamente justificado tanto con respecto a mis temores como a mis actos. Aunque me sentía vulnerable e incapaz en el mundo que me rodeaba, siempre tenía la posibilidad de compensar tales sentimientos poniendo en práctica mis tendencias. En cualquier momento podía sentirme más fuerte y más al mando de mi

Vida obligando a alguien más vulnerable a que se sometiera a mis deseos.

Este aspecto de la vida parecía ser el único ámbito que yo podía controlar y la única actividad que me proporcionaba una sensación de placer, de poder y de retorcida aceptación. La fantasía y el abuso sexuales se convirtieron en la panacea. Lo sexualicé todo en la vida y exterioricé mis frustraciones y sentimientos contenidos con métodos sexuales agresivos, aprovechándome de víctimas más vulnerables.

Durante ese período de mi desarrollo empecé a identificarme por completo con mi enfermedad. No me veía como una persona cuyos impulsos y deseos sexuales difiriesen de los de quienes me rodeaban, sino antes como un ser total e irrevocablemente distinto a los demás. No veía el sexo como parte de la vida, sino como el único motor de mi existencia. Y, dado que mi atención giraba cada vez más alrededor de mi diferencia sexual, la brecha mental que consideraba que existía entre mi persona y los demás no hacía más que aumentar. Durante mi adolescencia y a partir de entonces, creí no tener nada en común con los demás. Independientemente de con quién estuviera, me sentía solo, a la defensiva y diferente. Todas las actividades, todas las relaciones e incluso todas las conversaciones se veían afectadas por mi sentido de diferencia y la obsesión creciente por mantener en secreto esa diferencia oculta.

Por supuesto que este punto de vista era una distorsión total de la realidad, una serie de defensas y justificaciones autoinducidas e interesadas provocadas por mis temores. Pero a un joven aterrorizado, cobarde y paranoico todo le parecía muy, pero que muy real. Además, como lo consideraba

Una realidad, se convirtió en tal. Me aterró a la sensación de diferencia porque me asustaba demasiado enfrentarme a la realidad de que no lo era. Me construí una realidad alternativa para así evitar asumir la responsabilidad de mis inseguridades, temores y defectos de carácter.

Comprender la importancia de la ausencia de comunicación me fue difícil debido al hecho de que se tratara de un proceso tan increíblemente sutil. Si bien la interrupción de relaciones reales con el resto del mundo pudo estar ocasionada por un trauma emocional fuerte, se produjo a edad tan temprana y de forma tan completa que siempre lo consideré «natural», un elemento más de mi «diferencia» con respecto al resto del mundo. Me retraje antes de comprender realmente que me estaba retrayendo y luego «me hice adulto» aceptando aquel estado alienado como mi «norma».

Que yo recuerde, no existe un sentimiento más destructivo en la infancia que el horror gélido de sentirse aislado, inepto y solo por completo. En ese estado mudo, alienado, uno se siente totalmente atrapado, perdidamente vulnerable, además de asustado y enfadado a la vez. Cuando un niño ha perdido la capacidad de confiar y comunicarse con los demás, pierde la única fuente de apoyo necesaria para compensar los temores y distorsiones de su pequeño mundo.

Todos nosotros nos enfrentamos a una gran variedad de Situaciones e influencias adversas en nuestra vida, pero la mayoría de las personas son lo suficientemente afortunadas de poder confiar en alguien lo suficiente como para «arriesgarse» a transmitir sus temores, sentimientos y confusión. El delicado pero esencial recurso vital que es la comunicación

Interpersonal nos ofrece un medio para rectificar la confusión de la mente, para plantar cara a nuestros miedos y seguir creciendo. Este acto sencillo, al menos en apariencia, de relacionarse con el mundo que nos rodea de forma directa e igualitaria nos es imprescindible para desarrollar y conservar una identidad estable, sana y positiva.

**ALAN: MI INFANCIA**

Cuando le cuento a otras personas que empecé a exteriorizar mis tendencias sexuales antes de cumplir nueve años y que a los siete o antes ya me masturbaba cada noche, se quedan atónitas. No entienden cómo pude ser sexualmente activo a edad tan temprana. Creo que parte de su sorpresa se basa en el malentendido de lo que realmente sucedía en esa época. Se plantean esa forma temprana de estimulación sexual bajo la perspectiva adulta, mientras que lo que ocurría era algo que no encaja con la definición clásica de satisfacción sexual.

Mis primeros intentos de masturbación eran básicamente actos físicos que me producían placer físico. Que yo recuerde, cuando empecé mis actos no estaban provocados ni acompañados de ningún tipo de pensamiento o fantasía sexual. A los siete años, por ejemplo, no yacía en la cama por la noche imaginando a un niño que me pareciera físicamente atractivo y luego me satisfacía mediante la masturbación. Al principio, mis fantasías eran completamente asexuales;

«Jugar conmigo mismo» no era más que un acto físico independiente.

El diccionario Webster define la «fijación» como «apego o preocupación fuertes y a menudo enfermizos». Muchas veces he intentado descubrir a qué edad alcancé ese estado de fijación, pero lo único que recuerdo es el momento en que uní el empleo de fantasías como vía de escape con el uso de la estimulación sexual como fuente de placer físico. Estoy convencido de que lo hice a una edad muy temprana y que a partir de entonces todo lo demás dejó de parecerme importante o interesante. La mayoría de las personas pensará que mi sexualización de la vida se inició porque fui víctima de abusos sexuales pero lo cierto es que ese no fue mi caso.

Por sorprendente que resulte, empecé a crear mi pequeño mundo distorsionado a edad tan temprana que ni siquiera recuerdo haber tenido la menor sensación de que tenía, podía tener, o deseaba llevar una vida «normal». A los diez u once años, recuerdo con claridad que la gente decía cosas como «espera a que seas mayor y tengas hijos». Con tranquilidad pero sin vacilación respondía que nunca se daría tal cosa. Los adultos que hacían tales comentarios se reían ante lo que consideraban era mi ingenuidad juvenil, y ni por un momento sospechaban que el niño que tenían delante ya había cerrado la puerta a lo que la mayoría consideraba «normalidad».

En el mundo que había creado, donde me sentía aislado, inepto, asustado y convertido en víctima, había descubierto lo que consideraba era una escapatoria y, en cuanto la descubrí, dediqué todo mi tiempo, atención, energía e intelecto

a seguir esa vía. En el momento en que relacioné mis fantasías con el impulso sexual que iba desarrollando, empecé a ver el mundo bajo un prisma totalmente diferente. Comencé a ver todo lo que me rodeaba bajo el punto de vista de su posible aplicación y potencial sexuales.

En esencia, empecé a sexualizar mi vida entera.

Como todos tenemos intereses distintos en la vida, vemos el mundo que nos rodea adaptándolo a ellos. Cada uno de nosotros, al mirar un mismo objeto físico, lo ve de forma distinta, según cuales sean nuestros intereses especiales.

Sospecho que la cantidad de tiempo que pasamos intentando inventar aplicaciones para un objeto determinado está directamente relacionada con el grado de potencial que le vemos en nuestra área de interés y el grado de obsesión potencial que tenemos por ese interés en concreto. Es probable que una persona estable vea un objeto que tiene potencial para uno de sus intereses, capte la idea, la «archive» para usarla con posterioridad y luego pase rápidamente a otra cosa. Es más probable que una persona más obsesiva, de las que tiene pocos intereses en la vida, pase mucho más tiempo intentando que ese objeto encaje en su mundo limitado. Para mí era una mentalidad que se dividía entre el todo o la nada.

O veía o inventaba una utilidad para un objeto dentro de mi mundo unilateral o lo consideraba totalmente inútil. Por ejemplo, a los doce o trece años me regalaron por Navidad un tren eléctrico. En cuanto desenvolví el regalo y vi lo que era, me puse a pensar en cómo podía montarlo en el sótano para atraer a los niños del vecindario y que éstos pasaran el rato allí conmigo. Los trenes eran bonitos, pero

Sólo aprecié el regalo cuando vi el potencial que me brindaba para alimentar mi perversión.

Juzgando los objetos de este modo, dejaba de lado aquellas partes de mi vida que no servían para mis intereses sexuales. Trabajaba de forma activa para apoyar mi visión de la vida como experiencia totalmente sexual. Por desgracia, los objetos inanimados no fueron los únicos que empecé a contemplar de ese modo.

Con el paso del tiempo, comencé a aplicar el mismo tipo de criterio exclusivamente sexual a las actividades en las que decidía participar. Poco a poco, me alejaba del mundo real y dibujaba un círculo cerrado y únicamente sexual a mí alrededor. Me estaba deshaciendo de todo aquello que no encajaba con la vida tal como yo quería verla.

A los catorce años decidí apuntarme a los *boy scouts*. Obviamente, como adolescente tenía a mi disposición un buen número de actividades escolares, religiosas y sociales, pero aquella me interesaba de un modo especial. La mayoría de los muchachos que entran en el movimiento de los exploradores tiene diez u once años, edad a la que no me interesaba en absoluto participar en una actividad que me obligaba a relacionarme con niños de mi edad, mayores que yo o adultos. Sin embargo, a los catorce años tenía lo que consideraba una ventaja por cuestión de edad y, aunque algunos niños más pequeños estaban más avanzados como *boy scouts*, el hecho de que yo ya fuera un adolescente me otorgaba de forma automática un estatus y un elemento de control.

Al apuntarme a los *boy scouts* a los catorce años tomé la que considero fue la primera decisión consciente de participar

En una actividad por el mero hecho de que me ofrecía víctimas potenciales. No es que de repente dejara todo lo demás y me dedicara de forma exclusiva a ir a la «caza» de niños más pequeños pero sí fue una intensificación definitiva en mi proceso de sexualización.

Los catorce era una edad en la que seguir relacionándome con niños significativamente menores que yo llamaba demasiado la atención y levantaba sospechas no deseadas. En cuanto entrara en el instituto, mi acceso inmediato a la reserva de víctimas potenciales que me ofrecía el colegio habría desaparecido y la diferencia de edad entre yo y mis víctimas era cada vez mayor.

Necesitaba encontrar formas seguras de rodearme de niños de diez y once años. Al igual que muchas tropas de exploradores, la de nuestra pequeña parroquia no recibía demasiado apoyo de los adultos y el jefe de grupo estaba encantado de tener a un voluntario adolescente que le ayudara con los más jóvenes. Esta experiencia fue la que me enseñó la ventaja de resultar útil. Aprendí que mientras ofreciera algún servicio a los adultos, no cuestionarían mi presencia allí.

Desempeñar un papel útil como fachada para mis fechorías no fue cosa de una sola ocasión y se convirtió en una táctica que emplearía de forma regular el resto de mi vida. La decisión de hacerme *hoy scout* fue el primer paso de un proceso que siguió intensificándose hasta que, como adulto, sólo me implicaba en una actividad si consideraba que tenía posibilidades reales de resultar sexualmente gratificante.

Durante aquel período, me preocupé de seguir participando en esas actividades que me ayudaban a mantener mí

imagen de «típico adolescente americano», pero la mayoría me resultaban aburridas o poco satisfactorias. Lo consideraba males necesarios. Asimismo, a los quince o dieciséis años inicié la etapa final de mi conversión de la vida en un estado exclusivamente sexual. El juicio consciente que emitía de las personas se basaba sólo en su valor para alimentar mi perversión. Durante varios años lo había estado haciendo con los niños, pues los consideraba meras entidades sexuales, pero a los quince o dieciséis amplié ese concepto a todo el mundo. Empecé a contemplar a los adultos que me rodeaban en vista de si tenían un hijo del grupo de edad que me interesaba o si tenían alguna relación con una actividad en la que participaran niños de esa edad.

Me es fácil recordar un ejemplo de mi utilización temprana de los adultos como medio para acceder a víctimas. De adolescente quería abusar de mi vecino de diez años. El problema era que era demasiado pequeño para hacerme amigo de él sin levantar sospechas. Necesitaba alguna forma que me permitiera pasar una cantidad de tiempo razonable con él sin que a nadie le extrañara. Aunque esa gente vivía en la casa de al lado, mi familia no se relacionaba con los vecinos. Empecé a observarlos, a intentar imaginar alguna forma inocente de entablar contacto. Al cabo de poco tiempo, la respuesta me resultó obvia: ¡ser útil! El marido estaba muchas veces de viaje de negocios varios días seguidos y, durante su ausencia, a menudo veía a la mujer esforzándose con tareas manuales por la casa y en el patio. Decidí que la siguiente vez que se me presentara la oportunidad de ayudarla cuando tuviera algún problema, la aprovecharía.

Al poco tiempo el marido se marchó de viaje y la vi en el patio trasero intentando poner en marcha un cortacésped que se le resistía. Le pregunté si necesitaba ayuda y, sin esperar respuesta, me puse manos a la obra. Puse en marcha el cortacésped ahogado y se lo llevé al cobertizo. Ella se quedó encantada y me ofreció una propina, pero me limité a sonreír y decirle: «no ha sido nada». Me marché tras cumplir con mi objetivo. Lo que quería era que le contara a su marido lo muy servicial que había sido el vecino y que él, cuando me viera, me diera las gracias.

Tal y como yo lo imaginaba, si es que él se presentaba ante mí y yo sabía de su llegada con antelación, tendría una ventaja para guiar la conversación; sería el que la controlaría. Y, si por algún motivo no hacía lo que esperaba de él, seguiría siendo útil en pequeñas dosis hasta que se viera obligado a establecer ese contacto. Por la noche, tumbado en mi cama, fantaseaba sobre la reunión inminente. Ideé varios planes para estar a solas con el niño y seguí intentando alcanzar un enfoque infalible. Durante varias noches imaginé todos y cada uno de los aspectos de ese encuentro, pulí los detalles e incluso llegué al punto de diseñar un guión viable.

Me gustaría señalar que aunque terminaba cada uno de los episodios nocturnos de fantasía/planificación masturbándome mientras imaginaba que mantenía relaciones sexuales con el niño, la mayor parte de las fantasías no tenían nada que ver con el niño. Me dedicaba plenamente a desarrollar el enfoque inicial.

En cuanto consideré que el plan ya tenía posibilidades de éxito, sólo debía esperar a que el padre diera el primer paso.

Al cabo de una semana más o menos, cuando estaba en el patio trasero cortando hierbajos junto a la valla, el marido se me acercó, me dio las gracias por ser tan considerado con su mujer y me ofreció una propina. También la rechacé diciendo que no había para tanto, que sólo había tenido que invertir un par de minutos para vaciar el cortacésped y luego lo había guardado en su sitio. Entonces le solté la frase que tenía preparada, la que había ensayado con tanto esmero: «Además, sólo cobro por hacer de canguro».

Le sorprendió que hiciera de canguro y en seguida me apresuré a decirle que sólo cuidaba de niños un poco mayores, como los de la parroquia o los que estaban en el grupo de *hoyscouts*. Después de plantar la semilla, me excusé y volví a mi casa.

Sabía que a menudo salía con su mujer los fines de semana, sobre todo cuando había estado de viaje durante la semana. También había visto a varias chicas de la zona que le hacían de canguro. Mi apuesta era que prefiriera contratar a un chico, sobre todo si colaboraba con la parroquia y los *hoyscouts*, y que le resultaría mucho más cómodo que el canguro fuera un vecino. Lo único que podía hacer era esperar a que la semilla diera sus frutos.

Y los dio. Mientras esperaba a que me llamara para hacer de canguro, continué con mis fantasías nocturnas pero ahora me concentré sólo en el niño y me esforcé para urdir un plan que lo colocara en una situación en la que hiciera exactamente lo que yo quería.

Cuento todo esto porque pone de manifiesto que ya al comienzo de la adolescencia veía y utilizaba a los adultos como títeres que me suministraban víctimas. A los catorce

Años ya me había dado cuenta de que la manipulación, la planificación y la paciencia eran mucho más eficaces que precipitarse y correr riesgos innecesarios. Y, una vez más, valiéndome de mi utilidad, conseguí crear una situación en la que fuera el propio padre quien me invitaba a pasar largos períodos de tiempo con el niño. Básicamente, los padres me entregaban al niño con la finalidad de satisfacer sus propias necesidades, lo cual me liberaba de posibles sospechas.

El propósito de estos ejemplos, el tren, los *hoy scouts* y el vecino, es ilustrar cómo iba transformando sin pausa toda mi vida en un ejercicio sexual. Como sucede en muchos tipos de escalada, no es que saltara de repente a cada una de estas etapas de un modo obsesivo, sino que fui emprendiéndolas poco a poco. No todas las estrategias planificadas funcionaron de acuerdo con mi fantasía, pero sí las suficientes para aumentar el deseo de continuar utilizando dicho enfoque.

Debo señalar de nuevo que no todos los pederastas tienen las mismas experiencias que yo o llevan sus deseos al mismo extremo. Espero que mi vida sirva para dar una idea del funcionamiento general de la mente de un pederasta. Aunque las experiencias individuales varían, considero que los conceptos fundamentales, los factores que participan en la formación del mundo mental distorsionado de un pederasta son muy parecidos en la mayoría de los casos.

La sexualización es un proceso de aislamiento. Al centrar prácticamente toda mi atención en alimentar mi perversión, creé una visión distorsionada de la realidad. Con independencia de cómo lo hagamos, empezamos a ver la

Vida en términos pura o predominantemente sexuales. A fin de apoyar esta imagen que estamos tan desesperados por ver, bloqueamos todo aspecto de la vida que no encaje con nuestros objetivos perversos. No todos los pederastas son capaces de llegar tan lejos para sexualizar su vida como yo, pero todos nosotros nos implicamos en un grado elevado de sexualización.

## **ALAN: MI MUNDO TRASTORNADO DE FANTASÍA**

La mayoría de los pederastas con los que he hablado quieren considerar sus fantasías como algo totalmente involuntario, algo sobre lo que no ejercen ningún tipo de control. Siempre escogí pensar de ese modo sobre mis fantasías y me aferré con desesperación a esa idea interesada. Esta forma distorsionada de ver mis fantasías me permitió seguir fantaseando tanto como quise y llevar lo imaginado al colmo de la perversión, al tiempo que me veía como participante renuente en el proceso.

Si hubiera reconocido que mis fantasías no eran más que el producto de mi imaginación, me habría visto obligado a enfrentarme a la cruda realidad: que hacía exactamente lo que me venía en gana y disfrutaba enormemente con ello. A fin de seguir gozando de las «emociones» y de la sensación de huida que me proporcionaban mis fantasías sin tener que aceptar mi responsabilidad, tenía que verlas tal como había decidido verlo todo en la vida, como algo que escapaba a mi control, algo que me veía «obligado a soportar».

Para muchos pederastas como yo, las fantasías y/o la masturbación son hábitos muy, muy arraigados. Se han convertido en nuestra panacea para abordar todas las situaciones, sentimientos y emociones a los que no queremos enfrentarnos. Para muchos de nosotros, la fantasía ha ofrecido una escapatoria mental desde la más tierna infancia y la costumbre de crear un mundo privado de engaño está tan inveterada que queremos convencernos de que es algo que no podemos controlar de forma activa. Nosotros somos quienes escogemos crear tales fantasías, pero hace tantos años que lo venimos haciendo que prácticamente nos hemos convencido de que se trata de un acto reflejo y no de una decisión consciente. Según mi experiencia personal, doy fe de que la fantasía es un terreno abonado y fértil para la escalada de sus actos (subir la apuesta inicial con el objetivo de conseguir la satisfacción sexual). Poniendo mi propia vida como ejemplo voy a mostrar cómo mi uso, y dependencia, de la fantasía creció de forma directamente proporcional a mis temores e inseguridades.

Tal como he señalado, los pederastas quieren verse como víctimas para justificar el hecho de que no se ponen límites personales. Esta visión nos permite hacer cualquier cosa sin sensación de culpa o responsabilidad. Para cualquiera que desee perpetuar una idea de sí mismo como víctima, la fantasía resulta una herramienta muy eficaz. Sin embargo, incluso al crear sus fantasías, los pederastas intentan encontrar formas de eludir responsabilidades.

Hasta que no intenté plasmar esta historia por escrito no me percaté de que mis fantasías se dividían en dos tipos. Un tipo es el sexual o sádico-sexual por naturaleza, mientras

Que el otro, el más antiguo, está totalmente desprovisto de contenido sexual. Empleé ambas vías de escape mental en distintas etapas de mi vida y creo que vale la pena abordarlas por separado. Debo insistir en que son representativas de mis fantasías y que no insinúo que todos los pederastas tengan exactamente las mismas o que se produzca una escalada en sus actos siguiendo el mismo plan.

La fantasía más antigua que recuerdo, y que mantuve hasta hace poco, nunca tuvo ninguna carga sexual. En esas fantasías, me imaginaba como huérfano y en muchos casos como un niño que padecía algún tipo de impedimento físico o sufría alguna clase de abuso de carácter no sexual. Estas fantasías se centraban en una historia tipo «pobre huerfanito», es decir, el niño no deseado y al que nadie quiere que, de repente, encuentre amor y aceptación en el mundo adulto. En esas fantasías, siempre me veía como el niño cuyas dificultades nunca eran fruto de sus actos, y resulta interesante observar que dichas fantasías nunca incluían a otros niños. A lo largo de cuarenta años apenas alteré la trama básica.

No recuerdo con exactitud qué edad tenía cuando empecé a crear este tipo de fantasía, pero sí sé que fue cuando empecé a ir al colegio, a los seis o siete años quizá. Al recordar esa época me doy cuenta de que, incluso a esa edad tan temprana, inventaba situaciones hipotéticas en las que yo asumía el papel de víctima. Esta forma de huir de un mundo real al que no quería enfrentarme se convirtió en seguida en un ritual de mi vida diaria. Debo señalar que estas fantasías no se me ocurrieron de un día para otro. Yo inventaba historias intencionadamente y siempre al acostar

Me. No voy a intentar interpretar los temas [de las Fantasías] salvo para decir que parecen revelar una búsqueda desesperada de aceptación. Utilicé este tipo de mecanismo tranquilizador todas las noches hasta que desarrollé una variante sexual e, incluso después de empezar a desarrollar fantasías sexuales, a veces retornaba esos conceptos anteriores.

Al poco tiempo de crear ese primer tipo de fantasía, descubrí la masturbación y comencé a cambiar de forma radical el tema central de mis fantasías nocturnas. Parece lógico que lo hiciera durante los primeros años escolares y cerca de la edad en que empecé a materializar mis tendencias sexuales, hacia los siete u ocho años. De forma similar a mis primeras fantasías, esta nueva creación se limitaba al ámbito de mi dormitorio, cada noche justo antes de dormir. Mucho antes de ser físicamente capaz de eyacular, el acto seguía resultándome sumamente placentero y lo convertí en una parte fija de mi rutina nocturna.

En las primeras etapas del segundo tipo de fantasía, me imaginaba a un niño más pequeño, que me atraía, y lo coaccionaba para que realizara lo que consideraba eran caricias y masturbaciones «mutuas». Con el tiempo fui intensificando el tipo de actividades sobre las que fantaseaba, pasando de la masturbación a la manipulación de la víctima para que practicara sexo oral. En todos los casos, el niño con el que fantaseaba era un ser imaginario, no alguien a quien conociera en la vida real. La víctima imaginada (aunque en aquel momento de mi vida no veía al niño como «víctima») tenía que ser delgada, muy vivaracha y, normalmente, menuda para su edad. No me preocupaba demasiado por detalles como el color del pelo o los rasgos faciales,

Pero lo que sí estaba claro era que la víctima tenía que ser delgada y menor que yo. Yo era un niño rellenito y las víctimas que imaginaba tenían que representar todo lo que yo consideraba que no era.

Esas fantasías tenían una naturaleza muy general. No dedicaba demasiado tiempo a inventar tramas detalladas y enrevesadas. Las fantasías solían ser breves y acababan en cuanto alcanzaba el orgasmo. Durante esa época, muchas de las fantasías se centraban en encontrar lo que yo consideraba una víctima «perfectamente dispuesta pero tímida al comienzo». Aunque de vez en cuando cambiaba los escenarios y el aspecto físico de la víctima, la trama general seguía incluyendo la predisposición fundamental, con un poco de manipulación por mi parte. Pronto me puse a ampliar tales fantasías en un intento por aumentar la emoción general.

Esta nueva serie de fantasías parecía alejarse del patrón anterior, en el que yo aparecía como víctima. Entonces, aunque intentaba que los actos imaginados fueran mutuos, estaba claro que había transformado mi papel de víctima en el de agresor y que cada vez disfrutaba más con la sensación de poder.

A los nueve o diez años empecé a fantasear sobre niños a los que sí conocía. Tumbado en la cama por la noche repasaba mentalmente una lista de compañeros de clase y vecinos y elegía a uno que fuera el objeto de mi fantasía para la noche. Al hacerlo no me conformaba con situar a un niño conocido en un entorno imaginario. Tener un objetivo real en mente me resultaba más emocionante. No creo que al comienzo viera estas tramas más complejas como el comienzo de la planificación consciente de abusos reales, pero

No transcurrió mucho tiempo antes de que empezara a sospechar que si conseguía una víctima de mis fantasías, podría aprovechar el patrón desarrollado para convertir en realidad dicha situación. Esto también es un ejemplo claro de escalada o agravamiento.

La relación entre fantasear y emplear las fantasías para urdir planes y ponerlos en práctica más adelante se encontraba en estado embrionario en esta etapa. Aunque podía pasar más tiempo elaborando los detalles, todavía vacilaba al intentar reproducir esa situación en la vida real. Sin embargo, esta nueva forma de fantasía me resultaba cada vez más excitante y esos rituales nocturnos duraban cada vez más. Durante esa época, seguía tratando cada noche como una aventura independiente. Todavía no había llegado al punto de centrarme en una víctima y urdir un plan detallado para un período largo. Tampoco había llegado al punto de llevar los actos sexuales más allá de lo que estaba acostumbrado a imaginar. Además, durante ese período de desarrollo, aún tendía a ver a la víctima como predominantemente dispuesta. No había llegado al extremo de prever actos forzados ni el empleo de algún tipo de limitación física.

Con el paso del tiempo, mis fantasías se fueron volviendo más detalladas hasta el extremo de idear el marco, la hora e incluso inventar diálogos. Yacía en la oscuridad e intentaba imaginar todas las reacciones posibles con las que podría toparme por parte de una presa potencial y luego ideaba una respuesta o alternativa para todas sus vacilaciones u objeciones. Como consecuencia de este ejercicio, empecé a comprender la necesidad de manipular no sólo a la víctima primaria,

Sino también a otras personas para tenderle una trampa. Asimismo, me di cuenta de que planeándolo todo con exactitud, podía reducir de forma drástica los posibles problemas.

Alrededor de los once años empecé a utilizar las fantasías como planes y, al hacerlo, me quedé asombrado ante los resultados. De repente me pareció que vivía en un mundo que yo controlaba, un mundo en el que yo siempre iba por delante de otras personas.

Al comienzo, no me esforcé demasiado por materializar las fantasías y no todos los intentos funcionaron tal como los había planeado. Pero el nivel de éxito que obtenía, y la facilidad de su consecución, junto con la emoción increíble de sentirme totalmente al mando, añadió un récord nuevo a mi mundo trastornado. Al igual que con el resto de los elementos de mi vida, en cuanto inicié este tipo de actividad, también empecé a intensificarla. Cada pequeño éxito no terminaba sólo con una sensación de logro, sino con un apetito mayor por conseguir más. A los trece años ya había convertido mi vida en un «juego» enorme de fantasía y en el intento posterior de hacerla realidad.

En aquella época era cada vez más consciente de mi capacidad para fantasear sobre cualquier cosa, reducirla a un plan factible, eliminar los obstáculos que descubriera y luego utilizar ese plan perfeccionado para obtener el objetivo deseado en la vida real. Si bien el objetivo inicial de esta técnica era sexual, no tardé demasiado tiempo en emplear el mismo enfoque para abordar otros aspectos de mi vida. Convertí en costumbre, para el resto de mi vida, primero el reducir una situación de la vida real a fantasía y luego urdir

Un plan manipulador para conseguir mi fin antes de emprender la acción en cuestión. Poco a poco, llegué a c que podía hacer cualquier cosa, siempre y cuando siguiera este método de control total. También fue en ese momento cuando descubrí que prácticamente era igual de fácil manipular a la mayoría de los adultos que a los niños.

La sensación de poder y control que esta técnica me proporcionaba era un nuevo logro, pero incluso con esta ni herramienta temía tratar con los niños de mi edad y los a tos. Cuando llevaba a cabo un plan, me sentía al mando, pero más allá de los confines limitados de un plan determinado, me sentía sumamente vulnerable. Al recordar ese período me doy cuenta de que lo que hacía no era más coger desprevenida a otra persona aún más vulnerable y manipularla para conseguir mis objetivos. Pero en aquella época, para mí, una persona que se consideraba víctima insignificante y débil del destino, aquello me hacía sentir muy vivo, muy inteligente y muy, muy poderoso. Aunque cada vez pasaba más tiempo en mi mundo de fantasía, seguía limitando esa actividad a la hora de acostarme.

A los trece años volví a intensificar mis fantasías. Entonces creaba fantasías en cualquier momento y en cualquier lugar. Me obsesioné todavía más con las fantasías y las prolongué al máximo.

Me resultaba más fácil ensimismarme en mis pensamientos distorsionados, independientemente de las circunstancias que me rodearan. Este nuevo tipo de fantasía no minaba ni con la masturbación ni con el sueño. La obsesión por la víctima imaginada y la situación permanecían. En cuanto volvía a las fantasías, retomaba el concepto «inacabado»

Y seguía construyéndolo a partir de donde lo había dejado.

Teniendo en cuenta que había empezado a huir a un mundo de fantasía mental a los cinco o seis años, al llegar a los trece, puede decirse que entré por voluntad propia en un estado rayano en la obsesión más absoluta y en la disociación virtual de la realidad. Muchos años después llegaría al extremo de dejar de funcionar como persona, pero ese grado de obsesión era muy raro en mí. Lo que sucedió fue una progresión lenta y constante, en la que pasaba cada vez más tiempo ensimismado en mis sueños distorsionados. Era capaz de comportarme, y es lo que hacía en general, de forma normal, pero entre las tareas, el colegio, el trabajo, etc., cada vez me alejaba más del mundo real y me entregaba a los placeres de mis fantasías desatadas.

La excitación extrema de todo eso no se limitaba a conseguir la satisfacción sexual final, sino a lograrla de acuerdo con un plan cada vez más preciso. En esos primeros años ya estaba descubriendo que aunque me encantaba el acto sexual básico, la emoción verdadera radicaba en la planificación, una emoción que equivalía a la liberación sexual final. Otro aspecto que descubrí fue que si me apartaba del plan establecido, mi excitación y goce disminuían de forma considerable.

Durante el resto de mi vida adulta fuera de prisión me aseguré de mantener una «fachada» para el mundo, mientras que debajo de esa fachada pasaba cada vez más tiempo inventando fantasías que materializaba. Durante esos años de adolescencia, mi intensificación se limitaba a tender trampas a distintas víctimas y a pensar en diferentes manipulaciones para practicarlas con ellas.

Mis fantasías se habían convertido en verdaderas sesiones de planificación, pero todavía no habían alcanzado el nivel obsesivo, minucioso, que más adelante se convertiría en la norma de mi vida.

Al comienzo de la adolescencia, el período más exigente para el desarrollo de contactos sociales, me esforcé más por perfeccionar mi fachada y fui convirtiéndome cada vez más en el residente de mi propio mundo de fantasía. A los quince años aumenté la cantidad de tiempo que pasaba absorto en mi fantasía y el número de víctimas que empleaba tanto para las fantasías como en los abusos. Además, añadí de forma continua una variedad cada vez mayor y más frenética de entornos y actos físicos a mis fantasías.

Después de practicar durante dos años la materialización de mis fantasías, llegué a un punto en el que sentía que controlaba totalmente el terreno sexual.

A los quince años mi vida en el mundo real era un verdadero desastre pero, al parecer, lo disimulaba tan bien que nadie pareció percatarse. Mis relaciones con quienes me rodeaban, independientemente de quiénes fueran, eran frías, distantes y recelosas. Aunque no me habían sometido a ningún tipo de amenaza, me sentía desprotegido y en peligro. Adoptaba una actitud totalmente defensiva en mi trato con los demás.

Al recordarla, tengo la impresión de que en la adolescencia ya había dividido el mundo en dos partes: yo... y ellos. El resto de las personas era, o bien un enemigo potencial, o bien otro elemento más que utilizar en mi juego, otra ficha del tablero. En vez de hacer lo que todos los adolescentes tienen que acabar haciendo para desarrollarse como

adultos plenos y sanos, es decir, enfrentarse a sus temores y encontrar su lugar en el mundo que les rodea, me parecía más fácil y emocionante retirarme a mi mundo egocéntrico de fantasías retorcidas y materializarlas. También fue alrededor de los quince años cuando empecé a incluir elementos sádicos en mis fantasías.

En esas fantasías nuevas seguía imaginando que tendía una trampa a mi víctima mediante la manipulación verbal, pero entonces también imaginaba que ataba a los niños con cuerdas o inmovilizaba a la víctima de algún otro modo. La gran diferencia entre estas fantasías y todas las anteriores radicaba en que se descartaba el concepto de «consenso». A partir de entonces, construía muchas de mis fantasías basándome en el supuesto inicial de colocar a la víctima en una posición en la que estuviera totalmente indefensa. Esas sensaciones nuevas de mayor poder y control aumentaban la excitación de manera increíble y me provocaban un apetito insaciable.

Al parecer, la relación entre fantasías y actos es un elemento muy común entre los pederastas y resulta sumamente peligrosa. Durante el resto de mi vida, aumenté de forma continua tanto mis fantasías como las agresiones, en busca de la excitación máxima y, al igual que todos los adictos, nunca conseguí mi objetivo.

Los pederastas queremos negarnos a aceptar la responsabilidad de nuestros actos. Queremos racionalizar la justificación de hacer precisamente lo que deseamos, por lo que intentamos asegurarnos de que fantasear sobre una víctima imaginaria es mucho, mucho mejor que abusar de ella en la realidad. Yo y muchos otros con quienes he hablado a menudo

nos hemos asegurado a nosotros mismos, antes o durante una fantasía, de que estábamos imaginando algo que «nunca haríamos» en la vida real. Sin embargo, a la larga nos obsesionamos tanto con la excitación de esta nueva idea que abandonamos nuestro compromiso de sólo fantasear y lo llevamos a la práctica.

**AMY-ALAN: EL SECRETISMO****AMY**

Cuando trabajaba con Alan le oculté mi historial de abusos sexuales. No era una decisión inusual. Como es habitual en la mayoría de las relaciones terapéuticas profesionales, no comparto mi vida privada con los pacientes. Sin embargo, tras años de correspondencia, mucho después de que acabaran nuestras sesiones de terapia musical, vi con claridad que estaba siendo injusta, tanto con Alan como conmigo, al no hablar abiertamente de mi victimización.

Se lo conté en una carta y me pregunté qué tipo de respuesta recibiría de él. Me contestó de inmediato y me mostró su compasión. También reconoció no estar demasiado sorprendido dado que yo siempre había entendido muy bien lo que eran los abusos sexuales.

Nuestra relación dio un giro muy importante cuando me pidió que escribiera a la hija de un familiar que había sufrido abusos sexuales por parte de un pariente. Escribí a

La chica para ofrecerle mi apoyo, referencias bibliográficas y para compartir ideas sobre distintas formas de curación. En los escritos de Alan de años sucesivos, a menudo hacía referencia a mi pasado cuando resultaba pertinente. En una ocasión me escribió que él entendía que yo «hubiera sido quien había atravesado la barrera de mi resistencia [la de Alan] » puesto que sabía «de dónde venía [él]».

Lo que me resultó mucho más difícil fue hablarle a mi familia sobre el libro y enfrentarme a su renuencia ante la decisión de contar mi historia. Hablé y escribí cartas a todos ellos explicándoles los contenidos y declarando que, aunque no me había propuesto avergonzarles ni hacerles daño (y que no utilizaría mi nombre de soltera), sentía la necesidad de hablar abiertamente sobre nuestra familia. Con excepción de mi madre, es prácticamente imposible implicar a los miembros de mi familia en una conversación profunda sobre los abusos que sufrí, parecen preferir que el pasado se mantenga lo más oculto posible.

Al comienzo, la escritura de este libro estuvo cargada de decisiones difíciles sobre qué revelar y qué mantener en privado. No obstante, no podía escribir un libro sobre el daño que causa mantener secretos y, al mismo tiempo, no revelar mi secreto. Así pues, aunque sabía que podía perder la familia en cuyo seno había nacido, la necesidad y la importancia de no guardar secretos en el libro merecían el riesgo.

Hace años, la sociedad no permitía hablar abiertamente sobre el hecho de que un familiar sufriera cáncer por pudor o apuro. Se mantenía en secreto. En la actualidad hablamos libremente sobre esta enfermedad sin considerarla un estigma. Aunque el cáncer no es imputable a quien lo padece y

El abuso sexual, por contra, supone una agresión voluntaria, en generaciones anteriores las víctimas de ambos casos sufrían el rechazo de buena parte de la sociedad. Tengo la esperanza de que en el futuro la actitud para con las víctimas de los abusos sexuales sea igual de compasiva que la que ahora tenemos con los enfermos de cáncer.

Los niños que han sufrido abusos sexuales apenas hablan de forma espontánea de su abuso. Sienten vergüenza y lo mantienen en secreto, lo cual puede destruirles el espíritu. Un pederasta, al igual que cualquier otro malhechor, quiere y necesita ese secretismo. Considerar el secretismo como algo que sólo sirve para evitar el descubrimiento, el arresto y la prisión supone subestimar seriamente el papel tan importante que desempeña el secretismo en la pederastia. Para comprender la indefensión de la víctima debemos comprender todos los aspectos de la función del secretismo.

Cuando tenía nueve años, mi abuelo murió de forma inesperada. Falleció en la casa que mi familia compartía con él y mi abuela. Mi padre lloró al comunicarnos a mis hermanos y a mí que nuestro abuelo había muerto. Era la primera vez que lo veía llorar. Aquella tarde, cuando los adultos regresaron de realizar los trámites previos al funeral, hice algo bastante inusual. En vez de empezar con mi resistencia nocturna habitual previa a que me acostaran, asumí la responsabilidad de prepararme para la cama. Me bañé sin rechistar y me puse el camisoncito preferido de mi abuelo. Aunque apenas había anochecido, me tumbé en la cama esperando la visita de su hijo, mi padre. Por lo general yacía asustada, con miedo a la oscuridad y a la posible visita. Sin embargo, aquella noche en concreto me tumbé a esperar su

Llegada. Consideraba que tenía el deber, la obligación, de hacerle sentir mejor.

Hasta el día de hoy no recuerdo si mi padre vino a mi habitación o si abusó sexualmente de mí aquella noche. Sólo recuerdo que el suceso fue significativo porque me coloqué a propósito en una situación que no deseaba, con la única intención de hacer que mi padre se sintiera mejor. Me sacrificué.

Todas las implicaciones de mi comportamiento eran un secreto para el resto de la casa. Sin duda mi madre se sorprendió ante mi falta de resistencia a acostarme aquella noche, pero lo más probable es que lo achacara a la tristeza por la pérdida de mi abuelo. Al echar la vista atrás, mi madre reconoce que había señales del interés sexual de mi abuelo por mí. En aquella época, esas señales eran demasiado vagas y discretas para que ella las descifrara. Y yo estaba convencida de que era un secreto que nunca se desvelaría porque, a los nueve años, consideraba que no había nadie capaz de rescatarme.

Intenté revelar el secreto con métodos infantiles. En un momento de ese año, le pedí a mi madre que leyera un libro que yo acababa de leer porque el personaje principal era «como yo». Accedió a ello, pero se quedó horrorizada al saber que semejante libro (*Ojos azules*, de Tony Morrison) estuviera disponible en la biblioteca de nuestra escuela primaria puesto que contenía detalles gráficos de abusos sexuales. No se le ocurrió que era mi forma de intentar compartir aquel secreto horrible con ella.

En esa misma época mostré varios síntomas físicos. De forma misteriosa contraí una psoriasis grave. La primera

Vez que le pedí a mi madre que me examinara la cabeza, se quedó atónita al ver las enormes costras que me cubrían todo el cuero cabelludo. Se asustó todavía más cuando un médico descubrió que también me afectaba a la zona genital. En la actualidad tal descubrimiento merecería la atención de instituciones especializadas en la detección de abusos infantiles y el médico tendría la obligación de informar sobre el caso. Sin embargo, el interrogatorio de aquel dermatólogo de los años sesenta se limitó a un arqueo de cejas inquisitorio dirigido a mi madre.

También me costaba seguir las clases, me encontraron masturbándome en el colegio en varias ocasiones y simulaba enfermedades misteriosas con regularidad. No era de extrañar que fuera incapaz de pasar de curso. Aunque mis tareas escolares eran satisfactorias, la escuela, junto con mi familia, decidió que tenía que repetir curso para que ganara seguridad en el terreno emocional. Cambié de colegio y fui a uno que estaba en otro barrio para repetir curso sin avergonzarme, lo cual supuso otro trastorno en aquella época ya de por sí traumática de mi vida.

En aquel entonces mi madre no era capaz de reconocer el alcoholismo de mi padre, y mucho menos su comportamiento sexualmente rapaz conmigo. Los secretos eran habituales en la relación verbal de mi madre con mi padre con respecto a los hijos. Cuando se casaron no hablaron de tener hijos porque el médico le había dicho a mi madre que «se suponía que no podía tener hijos». Mi padre nunca compartió la tarea de educar a los hijos aunque sí ofrecía su apoyo económico. Si bien tener hijos le daba «buena imagen» y mantenía la fachada de ser un «hombre familiar», los gastos

Extra le resultaban un engorro. Cuando subía el precio de la leche, mi madre tenía que ajustar el presupuesto familiar, recortando otros gastos cuando iba a hacer la compra, para no tener que contárselo. Todo ello teniendo en cuenta que vivíamos en un barrio de clase media-alta y que mi padre tenía un buen trabajo.

Los gastos extra de los hijos, como las clases de piano u otros instrumentos, provocaban todavía más ira y a menudo tenían que mantenerse en secreto entre madre e hijo. Del mismo modo, mi madre tenía que robarle tiempo a mi padre si necesitaba o deseaba estar pendiente de uno de nosotros, por lo que tenía que recurrir a mentirijillas para estar con nosotros. Mi padre insistía en que le preparara martinis y le observara mientras leía el periódico por las noches.

Solíamos cenar antes de que llegara a casa para que tuviera un poco de tranquilidad e intimidad con mi madre por la noche. Cuando yo osaba entrometerme en ese momento para pedir un poco de tiempo de mi madre, a menudo me recibía con desdén. Me interrogaba y me preguntaba qué era tan importante como para necesitarla. Yo me sentía demasiado avergonzada para reconocer que sólo quería estar cerca de ella unos momentos e inventaba respuestas que sonaran importantes, como que tenía que firmar algún papel del colegio.

Ser testigo de su relación me proporcionó lo que yo denomino «modelos de conducta negativos» del tipo de matrimonio que yo he tratado de evitar de forma consciente. Intento que no haya secretos entre mi esposo y yo. Sin embargo, buscar el equilibrio entre la revelación y el secretismo con respecto a mi abuso sexual me ha supuesto un gran esfuerzo como adulta desde que empecé a recordar mi pasado.

Me cuesta reconocer que me ocurrió tal cosa porque no quiero que me vean como una persona dañada.

Tampoco quiero perpetuar un secreto cuando la situación exige transparencia. Por ejemplo, cuando tenía treinta y pocos años, salí unas cuantas veces (después de divorciarme de mi primer marido) con un hombre un poco mayor que yo. El también era músico y hacía poco que se había divorciado. La principal diferencia entre nosotros era que su matrimonio había terminado con el suicidio de su esposa.

Como en nuestras citas también improvisábamos música juntos nuestro nivel de intimidad era mayor que si hubiéramos hecho lo habitual: salir a cenar y al cine. Durante nuestras sesiones musicales me contó que su mujer había dejado un diario en el que detallaba por qué consideraba necesario quitarse la vida. Dejó que fuera él quien descubriera su cadáver. Su suicidio se debía en gran parte a los abusos sexuales que había sufrido de manos de su padre cuando era joven.

Durante el par de años que siguieron al suicidio de su esposa, salió con otra mujer que era muy joven y emocionalmente frágil. Ella también padecía las consecuencias de haber sufrido abusos sexuales de niña. Sus crisis depresivas la obligaban a guardar cama buena parte del día. Mientras tocábamos juntos, me habló de estas mujeres con una tristeza enorme y declaró que nunca volvería a salir con una que hubiera sufrido abusos sexuales.

Le dije que precisamente estaba haciendo eso conmigo y, enfadada, le repliqué que adoptando esa actitud estaba descartando a más de una cuarta parte de las mujeres de EE.UU. como posible compañera sentimental.

En el ámbito de la salud mental, es bastante habitual que los asesores que trabajan en el campo de la dependencia a sustancias químicas o al alcohol hayan sido adictos en el pasado. No guardan silencio sobre su historia, sino que se les pone como modelo de inspiración y su pasado da credibilidad a sus esfuerzos por ayudar a otros con problemas similares. Pero la idea de que una terapeuta mencione su historia de abusos sexuales en el trabajo con un paciente está muy mal vista. Tal práctica se considera una falta de profesionalidad. Lo irónico del caso es que las víctimas se ven obligadas a sufrir los abusos sexuales, no es algo que hayan escogido. ¿Cuál es el tabú que acompaña a los abusos sexuales? ¿La ignorancia? ¿El sexo? Sea cual sea el motivo, el secretismo es la norma dominante en el abuso sexual, una norma que no beneficia a nadie.

Como padres, nos cuesta alcanzar un equilibrio adecuado con respecto a la intimidad de nuestros hijos. ¿Qué información necesitamos sobre sus pensamientos, actitudes y comportamientos para que no sólo estén a salvo, sino para que crezcan como jóvenes felices y equilibrados? ¿Nos entrometemos en su vida privada? ¿Exigimos saber qué hacen en todo momento? ¿Qué secretos les ocultamos y cuáles divulgamos? ¿Cómo respondemos cuando nos hacen confidencias? Estas son algunas cosas que he aprendido sobre el secretismo a lo largo de mis años de trabajo con víctimas de abusos sexuales:

- Hay que dar respuestas afirmativas cuando un hijo realice una confidencia por primera vez («Debes de haberte sentido fatal cuando te dijo eso») en vez de frases

Sentenciosas («Él tiene razón»), declaraciones de culpa («¿Qué hiciste para hacerle decir eso?») o, el error más habitual entre los padres, consejos no solicitados («Lo que tienes que hacer es. . .»). Esta actitud hará que el joven hable con mayor libertad de lo que inquiera.

Tener en cuenta los secretos que se tienen con los hijos tener presente que es probable que el niño sea consciente de ellos. Plantearse por qué se tienen y a quién se protege en realidad. Decidir de forma consciente si es absolutamente necesario mantener tales setos. Yo crecí viendo a mi madre cerrando enfadada puertas de los armarios de la cocina de un portazo mientras cocinaba y preguntándole «¿qué pasa» para que me respondiera «nada».

Estaba claro que sus palabras no encajaban con sus actos esa incongruencia me hacía sentir insegura y culpable. Aunque no pudiera decirme por qué estaba enfadada, habría sido útil para ella decir algo como «Estoy muy enfadada por algo que no es culpa tuya. Ya lo arreglaré y luego estaré de mejor humor».

Plantearse las consecuencias de pedir a un hijo que guarde secretos. Incluso los secretos supuestamente inofensivos pueden resultar perjudiciales. («No le digas a tu hermana que hemos parado a tomar un helado», hace que el niño se plantee qué dejan de contarle a ella.)

Intentar plantear preguntas abiertas para obtener más información al hablar con un hijo («¿Qué pasó entonces? en vez de «¿Fue entonces cuando lo hizo?»).

- Ser consciente de la postura al hablar con los hijos. Cruzar los brazos sobre el pecho es una muestra de falta de franqueza. Hablar desde una posición elevada sitúa al hijo en condición de inferioridad e impotencia. Si el padre/madre se coloca en una postura abierta y nada amenazadora, el hijo será más sincero.
- Analizar el entorno doméstico para favorecer las oportunidades de comunicación con la familia. Una de las cosas más tristes que he escuchado en el vestuario del gimnasio fue una conversación entre dos madres de adolescentes. Una de las mujeres era profesora en el colegio de su hijo y no quería que los amigos de éste la vieran en casa sin maquillaje ni en situaciones poco deseables, como tumbada en el sofá viendo la tele o en pantalón corto. Independientemente de los motivos, le incomodaba la presencia de los amigos de su hijo en el entorno doméstico, por lo que le montó un cuarto en el sótano. Describió alegremente los elementos de la habitación: acceso desde el exterior sin entrar en la zona principal de la casa, línea de teléfono independiente, televisión y ordenador, e incluso una nevera y un cuarto de baño. A esta madre le encantaba pensar que tanto ella como su hijo podían tener vida privada bajo el mismo techo.

Las escuché pensando que así había bloqueado la posibilidad de saber quiénes eran las amistades de su hijo, cómo eran, si cambiaba de amigos, qué miraba en la tele y con quién hablaba por teléfono. Redujo las oportunidades de conocer a su hijo. Pensé en el grave riesgo en el que aquella madre colocaba a su hijo al re-

nunciar a la atención que una madre dedica a la vida de un hijo. ¿Cómo iba a ser sincero con ella si ni siquiera estaba a su alrededor? Debemos analizar nuestras prioridades y nivel de comodidad y pensar en el precio que la salud emocional de nuestros hijos paga por nuestro egoísmo.

Es muy importante que utilicemos el máximo número de técnicas positivas para permitir que nuestros hijos sean sinceros con nosotros, ya que el agresor utiliza métodos negativos para atrapar a su presa. El secretismo es el quid del abuso sexual. Sin él, no habría abuso.

La comunicación abierta y sincera es la herramienta más poderosa que tenemos como padres para proteger a nuestros hijos de los pederastas. Hay que escuchar con atención cómo hablamos a los jóvenes, incluso es recomendable grabar en cinta una comida y analizar luego la conversación para ver qué tipo de interacciones verbales realizamos con más frecuencia. El objetivo consiste en determinar si se trata del tipo de frases que invitan a la comunicación abierta.

- Practica patrones de verbalización que fomenten la franqueza.
- Pide la opinión de tu familia y buenas amistades sobre tu estilo de comunicación y explica por qué es importante que lo analices.
- Ayuda a tus hijos a entender que, para que se sientan más cómodos contigo, tienes que relacionarte bien con ellos y conocerlos.

## ALAN

Para mí, el secretismo era el elemento que aglutinaba mis fantasías. El secretismo era el componente que añadía una sensación de emoción, que intensificaba la agitación general que sentía al agredir. Representaba una sensación tergiversada de poder y valía personales y, en última instancia, era mi arma crítica tanto para atraer como para atrapar a mis jóvenes víctimas.

Prácticamente todo el mundo recuerda una época en que los pequeños secretos, como qué regalo recibiría alguien por Navidad o para el cumpleaños, eran elementos emocionantes e importantes en nuestro mundo limitado. En la infancia tener un secreto era el símbolo de estatus máximo. Proporcionaba una sensación de importancia, prestigio y control. Por suerte para muchas personas, el atractivo de los secretos es algo que se supera. Sin embargo, para muchos de nosotros, la fascinación por los secretos sigue siendo una parte importante de nuestras vidas.

También creo poder asegurar que la mayoría de nosotros, si somos del todo sinceros con nosotros mismos, reconocemos tener una necesidad continua de cuidados y atención. Los niños muestran una necesidad insaciable de cuidados y atención y los pederastas suelen aprovecharse de esa carencia para abusar de ellos. Yo combiné el encanto misterioso del secretismo con grandes dosis de atención para atraer a mi trampa a las jóvenes víctimas. Mis métodos no eran rápidos, pero estaban ideados para crear, lentamente, la necesidad de aceptar los secretos. Al mismo tiempo, el secretismo me dio la oportunidad de hacer que un niño cre-

yera que yo era la única persona del mundo que realmente se preocupaba por él y le cuidaba.

Confieso que hasta hace poco no había analizado con demasiada profundidad el papel del secretismo en mi vida. Comprendía que había mantenido un oscuro velo de secretismo para encubrir mis actividades y evitar que me descubrieran, pero he empezado a darme cuenta de que mis secretos, y sobre todo mi necesidad y afición por ellos, dicen mucho de cómo me veía a mí y al mundo que me rodeaba. La mayoría de los adultos seguros de sí mismos, autosuficientes y estables que he conocido no parecen necesitar secretos en su vida. Aunque hay información que no desean que se haga pública, la posesión de tales secretos no les proporciona ninguna sensación de emoción o poder personal.

Opino que los adultos que siguen necesitando y deseando tener secretos son quienes sienten que su vida carece de interés, valía o emoción reales. Estas personas, como la que siempre fui, parecen utilizar los secretos a fin de aumentar el respeto a sí mismos y para apoyar su ego desinflado. Cuando veo adultos que siguen utilizando secretos para apoyar su existencia recuerdo siempre la imagen de un niño enfadado en el centro de un patio intentando guardar las apariencias en alguna situación, gritando: «Oh, sí, pero yo sé algo que tú no sabes!».

Como pederasta considero que empleé el secretismo de dos modos distintos aunque interrelacionados. Al comienzo lo utilicé para engatusar a mis víctimas y que se me acercaran más y, en última instancia, para que me obedecieran y callaran. Además, empleé el secretismo como

Método para evitar el castigo, tal y como se trata más adelante en el libro.

Como he dicho, solía intentar abusar de un niño sólo cuando le conocía a él y a su familia. En cuanto tenía acceso a ese círculo, intentaba entender al niño lo más posible, ver cómo se relacionaba con los adultos y otros parientes y, si entreveía alguna posibilidad realista de éxito, entonces empezaba a preparar mi objetivo. Si había llegado a la conclusión de que aquel niño no tenía el tipo de personalidad que le hacía contárselo todo a sus padres, sabía que la renuencia a comunicarse podría convertirse en una forma de hacer que guardara secretos.

Aunque adaptaba el enfoque a la víctima en concreto, en rasgos generales el proceso apenas variaba. Primero ponía a prueba al niño de forma sencilla para ver si era capaz de mantener un secreto. Para ello solía cometer algún error intencionado cuando estábamos a solas. Por ejemplo, soltaba palabrotas delante de él. A continuación le explicaba que no debería haber pronunciado esas palabras y le pedía que no se lo contara a nadie.

También me encargaba de señalar que el motivo por el que no debía decir nada a sus padres era que si se preocupaban de que fuera una mala influencia para él, quizá no le permitieran estar conmigo y entonces no disfrutaríamos yendo a los salones recreativos o a cualesquiera otras actividades con las que sabía que disfrutaba.

En esta fase inicial quería que el niño considerara que el hecho de guardar secretos era algo que hacíamos para mantenernos unidos y evitarnos problemas. Cuando me aseguraba de que no diría nada, lo recompensaba con algo sencillo,

Como ir a los bolos o a pescar y así garantizaba que se sintiera «mayor» y que contara con mi confianza porque, como adulto, lo trataba de otro modo.

Tras dar este primer paso, esperaba a ver si, de hecho, guardaba el secreto sobre el incidente. Si no, quizá provocara cierta sospecha en sus padres, pero no suponía ningún problema grave. Inmediatamente cesaba cualquier intento por convertirlo en mi víctima. Por el contrario, si al cabo de una semana más o menos estaba claro que había guardado el secreto, volvía a recompensar al niño y le explicaba por qué lo recompensaba y seguía intensificando el proceso.

Durante las siguientes semanas o meses, aprovechaba cualquier oportunidad, por pequeña que fuera, para acercarme más y más al niño. Constantemente le decía lo especial y maduro que era y que todos nosotros necesitábamos encontrar a alguien en la vida en quien confiar de verdad. Siempre describía a sus padres como personas preocupadas por él, pero que en realidad no tenían otra opción que ponerle límites por ser precisamente sus padres.

Tenía cuidado de no atacar a sus progenitores, pero sí que intentaba cambiar poco a poco la idea que tenía de ellos. Buena parte de este proceso de preparación inicial consistía en establecer en la mente del niño la relación entre la autoridad paterna y el deseo de guardar secretos con los que burlar la intromisión paterna en su libertad.

Prácticamente todos los niños que he conocido muestran los mismos sentimientos encontrados con respecto al papel de los padres durante su desarrollo y yo intenté explotar esta frustración e ira. Poco a poco, conseguí que el

Niño considerara los secretos como medios necesarios para proteger algo con lo que disfrutaba, y así senté las bases de una montaña de secretos, todos diseñados para convertir al niño en víctima sexual.

Después de conseguir que el niño guardara pequeños secretos, iba aumentando gradualmente la importancia de los mismos y las recompensas por guardarlos. Por ejemplo, le decía al muchacho que no me importaba que tomara un poco de cerveza o fumara mientras estuviera en mi casa... pero era mejor para los dos que ni «ellos» ni cualquier otra persona lo supiera.

Lo que estaba haciendo, por supuesto, era crear un entorno mental en el que la víctima empezara a ver a su posible agresor como la persona que más confiaba y se preocupaba por él del mundo. Los secretos se convertían en prueba de nuestra confianza mutua y me esforzaba para que el niño se mostrara totalmente franco conmigo sobre todos los aspectos de su vida. Le obligaba a contarme lo que sus padres decían de mí y el tipo de preguntas que le hacían, preparándole cuidadosamente para evitar sus intentos de separarnos y limitar su libertad. Necesitaba que llegara al punto de saber que si realmente deseaba que sus padres le permitieran hacer algo, siempre podía contar conmigo para intentar que cedieran. Poco a poco, todas sus reservas e inhibiciones posibles quedaban eliminadas y empezaba a acudir a mí con todas las quejas, preguntas y peticiones. En muchos casos, la víctima me llamaba para preguntarme cómo abordar a sus padres cuando quería hacer algo que normalmente no le permitirían. Empezaba a confiar en mí para que actuara como amigo, mentor, defensor y aliado.

A lo largo de todo aquel período, que bien podía durar un año, seguía alejándole de la confianza de sus padres y me encargaba de que, al final, los viera como una necesidad que había que burlar y controlar. Además, durante ese proceso, me esforzaba por crear un ambiente en el que todo lo que hiciéramos o dijéramos entre nosotros se mantuviera en el más estricto secreto.

Otorgaba libertad casi total al muchacho cuando estábamos solos y, al cabo de un período de tiempo razonable, y de tener clara su capacidad para mantener la boca cerrada, empezaba a pasar al terreno sexual. Al comienzo no eran más que unos cuantos comentarios casuales y chistes subidos de tono, pero a medida que se sentía cómodo con la franqueza de las conversaciones sexuales, pasaba a decirle que tenía material pornográfico blando en la casa y que ya tenía edad suficiente para verlo. De todos modos no me precipitaba, y evitaba las conversaciones que pudieran resultar sexualmente perturbadoras y el contacto físico. En aquella etapa lo único que quería era que el muchacho percibiera este nuevo ámbito como otro secreto necesario y que lo aceptara como una rutina más de su vida cotidiana.

Poco después de introducir las revistas y las conversaciones sexuales preparaba el terreno para que viera una película de porno duro. También en este caso realizaba comentarios subidos de tono e incluso llegaba al punto de hablar de que ese tipo de material provocaba una erección en el hombre, pero no forzaba el tema. Cuando se guardaba el secreto, de lo cual yo estaba seguro, aprovechaba la siguiente oportunidad para permitirle (hacerle) ver una película aún más dura y en esa ocasión era más concreto con

respecto a los efectos físicos que ese tipo de visionado me producía. Rápidamente señalaba que era probable que no fuera lo suficientemente mayor para que aquello le provocara (lo cual era todo un reto para su joven ego) y se sentía (en la mayoría de los casos) obligado a defender su virilidad asegurándose que también disfrutaba con ello y le excitaba. En este caso tampoco le presionaba y me limitaba a halagarle por ser tan maduro para su edad y porque nada parecía molestarle.

Mi principal preocupación en aquella etapa no era que se lo contara a sus padres, puesto que estaba convencido de que no iría a casa y hablaría de beber, fumar o mirar pornografía, sino que intentara impresionar a alguno de sus amigos contándosele y poniendo en evidencia mis actos. Le informaba cuidadosamente de los peligros que entrañaba compartir aquella experiencia con otra persona y él me aseguraba repetidas veces que no se arriesgaría a perder lo que tenía.

A medida que seguía aceptando las bebidas, los cigarrillos y las distintas recompensas que le ofrecía y cuando volvía repetidas veces a mirar películas porno, los secretos que guardaba empezaban a ser prácticamente imposibles de violar para él, al menos en su mente infantil. Por ejemplo, ¿cómo iba a contar a sus padres que no sólo me permitía darle cervezas, cigarrillos, viajes, dinero, etc., y hacer prácticamente lo que quisiera, sino que también me contaba lo que ellos hacían y pensaban, sin implicar claramente lo que entonces consideraba su culpabilidad en nuestros actos?

El hecho de guardar todos aquellos secretos insignificantes había creado una sensación de responsabilidad y cul-

pabilidad equitativas en aquel niño totalmente inocente, algo que yo me había esforzado por conseguir, y esa incapacidad para delatarme sin tener que explicar su participación voluntaria era lo que acababa haciéndole cautivo de mis deseos enfermizos.

En cuanto le ayudaba a superar la sorpresa y confusión de la primera ronda de caricias, hacía todo lo posible para que el muchacho accediera a hacerme algo. Normalmente intentaba que el niño me practicara sexo oral, ya que sabía que en cuanto aceptara hacerlo a cambio de una recompensa, se encontraría en una posición en que contarle le resultaría prácticamente imposible. En aquel momento, aunque quisiera contar a sus padres que la cosa iba mal, sabía que tendría que hablarles de su comportamiento sexual pervertido y yo ya le había asegurado que si alguien veía aquello, nunca lo entendería. La confusión y el conflicto emocional eran demasiado pesados para él como para ver una salida, por lo que el niño solía recurrir al patrón establecido de aceptar lo que ocurría, al tiempo que buscaba cierto consuelo en el hecho de poder escoger sus recompensas y mantener todo aquel asunto en secreto.

En cuanto un niño se percataba de que no podía contarle sin incriminarse, solía abandonar todo tipo de resistencia ante mis nuevas insinuaciones sexuales. En aquel momento, su espíritu estaba roto y se resignaba mentalmente a hacer aquello para lo que lo había preparado con tanto esmero, a disociar su ser real de aquellos «actos locos».

Durante ese período final yo le repetía a la víctima cómo todo el Inundo acaba haciendo cosas con las que no disfrutan realmente, que ello forma parte de la vida, pero que

Mientras se obtenga algo a cambio al final, puede considerarse una victoria. Normalmente, a partir de este punto no había renuencia ni resistencia por parte del niño.

Hay otra aplicación del secretismo en mi vida que creo que resulta más fácil de comprender. Teniendo en cuenta que empleaba un velo de secretismo para encubrir mis actividades ilícitas, no me diferenciaba de cualquier otra persona que deseara evitar la revelación pública y el posible castigo.

Raras veces elegía a un niño desconocido, sobre todo en la zona cercana a mi ciudad, por temor a encontrármelo más adelante. Antes de emprender mi primera acción física contra una víctima, pasaba mucho tiempo conociendo al niño y a su familia. Antes de alcanzar el punto de comprometerme físicamente con el delito, quería asegurarme de que era lo más próximo a la infalibilidad posible y que la víctima estaba lo mejor preparada posible para guardar nuestro secreto.

A pesar de todos los años en los que practiqué y desarrollé este método, y de mi cuidadosa selección y preparación de la víctima potencial, la primera vez que cometía la agresión física con un niño estaba muerto de miedo. Una vez dado el paso que iba más allá de las palabras, me sentía totalmente vulnerable, desprotegido y amenazado. Lo que necesitaba en esos momentos era alguna forma de asegurarme de que la víctima guardaría silencio.

Entonces, de la obsesión por cometer el abuso pasaba a obsesionarme por distender lo que consideraba una situación sumamente explosiva. Pero como había pasado por aquello cientos de veces, buscaba la manera de abordar a la víctima y mis propios sentimientos de angustia y temor. Si

Bien el enfoque era distinto para cada víctima, los rasgos generales eran parecidos y seguían un patrón similar al siguiente:

#### PUNTO UNO

*Determinar el impacto emocional en la víctima*

Justo después del acto inicial, necesitaba determinar qué efecto había tenido en el estado mental del niño. A lo largo de los años, he visto reacciones posteriores al abuso que van desde la aparente indiferencia hasta el miedo absoluto, la confusión y el llanto. Mi primera preocupación era advertir el estado de ánimo actual del niño y encontrar la forma de distender el impacto inmediato de aquello a lo que le acababan de someter. Bajo ningún concepto llevaría al niño a casa hasta tener la oportunidad de hacer todo lo posible para controlar la situación.

#### PUNTO DOS

*Intentar conseguir que la víctima minimice la agresión y la vea como un error  
«que no volverá a pasar»*

En este sentido, traté a todas las víctimas prácticamente igual. En cuanto había consumado el acto inicial, empezaba a decir repetidas veces «nunca debería haber hecho esto» y «nunca jamás volverá a pasar». Como empleaba el alcohol como aliciente en casi todas las agresiones iniciales, le decía

Al niño que debía de haberme excedido en la bebida y que lo sentía muchísimo.

A pesar del efecto devastador de esta introducción a la actividad sexual pervertida, casi todas las víctimas me veían totalmente consternado por lo que acababa de hacer, muy preocupado por sus sentimientos y con un remordimiento muy profundo por haber cometido un «error» tan grave. En este sentido, utilicé el instinto natural del niño para amar y perdonar con la finalidad de desviar la atención de su propia victimización a mi evidente arrepentimiento por haber hecho algo que le molestaba.

Esta treta funcionó con casi todas las víctimas y en seguida me aseguraban que no pasaba nada, me convencían de que estaban dispuestos a perdonar mi error y que no tenía que preocuparme por haberme metido en un lío. Cuando el niño alcanzaba este punto de inversión de papeles, empezaba a poner en práctica la siguiente manipulación.

### PUNTO TRES

*Introducir recompensas a gran escala*

*por ser la víctima*

*«una persona tan especial»*

A modo de respuesta ante la garantía del niño de que comprendía que se trataba de una equivocación inducida por el alcohol, empezaba diciéndole cuánto apreciaba su comprensión y qué especial y maduro era por ser capaz de ver las cosas bajo ese prisma. En esta fase me tornaba la molestia de explicar que no todos los niños eran tan maduros, com-

prensivos y considerados. Lo que deseaba inculcarle en ese momento era la idea de que el hecho de contar a otra persona lo ocurrido lo convertiría en normal y corriente en vez de especial.

En esa etapa, manipulaba a la víctima para que empezara a pensar que su capacidad para hacer frente a lo ocurrido, en vez de transformarlo en un drama, era algo que lo convertía en una persona de confianza, respetada y un amigo especial. Dado que el niño no podía imaginar que yo fuera a cometer el mismo error otra vez, sobre todo vista mi tremenda aflicción por lo que había hecho, se sentía seguro al prometer que «lo sucedido quedará entre nosotros».

En cuanto el niño empezaba a sentirlo por mí y a esforzarse por asegurarme que todo iba a ir bien, yo respondía jugando con su ego y su codicia. Tras darle las gracias repetidas veces y recibir sus garantías, fingía que de repente se me ocurría la idea de recompensar aquel acto extraordinario de amistad y comprensión. Decía que había pensado llevarle a casa, pero que como era tan especial y estaba tan dispuesto a cooperar, teníamos que hacer algo que también resultara especial para él.

Acto seguido sugería alguna actividad que sabía que se moría de ganas de hacer pero que normalmente no tenía ocasión de practicar. Le proponía que pasáramos el resto del día esquiando, jugando a los coches de carreras o dedicándonos a cualquier otra cosa que supiera que le encantaba. A pesar de sus intentos por asegurarme que no era necesario, la mayoría de las víctimas solían ceder rápidamente a su deseo de hacer algo especial y nos marchábamos. Du-

rante el resto de la jornada no reparaba en gastos para inundar al niño con todas las recompensas posibles (pero nada que pudiera llevarse a casa o por lo que tuviera que dar explicaciones a sus padres). Le instaba a propósito a que fuera más allá del nivel normal de deseos, insistiendo en que tenía derecho a cualquier cosa por lo que había hecho. Quería empezar a oírle decir cosas del tipo «tampoco ha sido tan malo y no me ha molestado mucho». En cuanto empezaba a verbalizarlo de ese modo, reaccionaba aumentando los halagos y recompensas e introduciendo lentamente la siguiente fase de manipulación.

#### PUNTO CUATRO

*Hacer que la víctima vea que no es el único  
y que otro amigo especial aprendió  
a beneficiarse de su disposición a colaborar*

En cuanto la víctima había empezado a decir tales cosas, le contaba qué buena actitud tenía y le explicaba (o insinuaba) que sólo había conocido en otra ocasión a una persona tan dispuesta a cooperar y tan comprensiva. En general, cuando lanzaba esta pequeña insinuación, la víctima quería saber de inmediato más sobre esa otra persona.

Entonces inventaba a un «amigo» del pasado (solía llamarlo «primo»). No proporcionaba demasiada información, sino que sólo daba a entender que el otro muchacho había demostrado ser tan buen amigo como él, y le explicaba que nunca olvidaría que ese muchacho se había convertido en un hombre excepcional. Normalmente no transcurría derna-

siado tiempo hasta que mi víctima del momento me rogaba que le hablara más de él, y entonces introducía la historia inventada de mi misterioso primo Paul.

Le explicaba que Paul ya era adulto y que vivía en la costa oeste, pero que cuando era pequeño él y yo habíamos pasado mucho tiempo juntos. También le contaba que en una ocasión habíamos ido de camping y yo había bebido demasiado y que... «Bueno, le hice lo mismo que hemos hecho esta tarde». Llegados a ese punto, hacía una pausa, como si hubiera acabado de contar la historia y todas las víctimas sin excepción querían saber cómo había reaccionado Paul y qué había ocurrido a continuación.

Tras cierta insistencia por parte de la víctima, aceptaba contárselo. Entonces describía a Paul diciendo que era un poco mayor que aquella víctima, pero que se parecía mucho en todo lo demás. Le contaba con qué actividades disfrutábamos Paul y yo, actividades no sexuales, y siempre me aseguraba de que fueran exactamente el tipo de actividades en las que mi víctima de entonces querría participar.

Acto seguido describía aquella noche diciendo que aunque él no había disfrutado con lo que yo le había hecho, estaba dispuesto a olvidarlo. En aquel punto introducía un nuevo elemento en la manipulación. Le decía que Paul se parecía mucho a él, pero que «como era un poco mayor y más adulto», se había dado cuenta de que ambos podíamos beneficiarnos de mi error. Cuando la víctima en cuestión preguntaba a qué se refería, le explicaba con cuidado la teoría de llegar a acuerdos mutuos.

Le decía que como Paul era mayor, el hecho de que le ocurriera una cosa como aquélla no le importaba demasia-

do y que como sabía que siempre le compensaría, igual que estaba haciendo entonces con él, mi primo había dado a entender que no era importante. Paul, puntualizaba yo, era un muchacho muy listo y maduro. Sabía que si yo bebía en exceso podía cometer alguna locura y sugería que, siempre y cuando yo le hiciera feliz, estaba dispuesto a tolerar juegos extraños.

La mayoría de las víctimas deseaba saber si había vuelto a ocurrir (algo que temían) y yo, con supuesta renuencia, les confesaba que sí, aunque me aprestaba a señalar que sólo cuando Paul me lo había pedido. A la mayor parte de las víctimas les confundía aquel concepto y les explicaba cómo un día, poco tiempo después del primer incidente, Paul, que estaba solo en casa, aburrido como una ostra, aguantando a sus padres, que estaban todo el día encima de él, me había llamado a mi casa.

Me propuso que convenciera a sus padres para que le dejaran pasar la noche en mi casa, para que pudiéramos ir a pescar o algo así y que, si estaba dispuesto a rescatarlo, no le importaría si yo, o ambos, bebíamos un poco más de la cuenta. Explicaba a la víctima que al comienzo no sabía a qué se refería, pero que entonces Paul me había dicho que si estaba dispuesto a sacarlo de allí y dejar que se lo pasara bien, a él no le importaría dejarme cometer otra equivocación.

La víctima siempre quería saber si había ido a rescatarlo y le decía que sí. Pero añadía que le había dicho que no tenía por qué dejarme hacer aquello sólo para que lo llevara a algún sitio. Éramos amigos, insistía, y estaría encantado de ayudarlo. Asimismo añadía que, entonces, Paul había di-

cho que si éramos verdaderos amigos, los dos debíamos estar dispuestos a ayudarnos y a confiar el uno en el otro. Había dicho que sabía que no tenía que intercambiar favores conmigo, pero que como yo siempre hacía algo por él, a veces también quería hacer algo especial por mí.

La víctima solía sentir mucha curiosidad por este tema y deseaba saber si Paul y yo habíamos seguido haciendo aquello. Y yo le aseguraba que sí, pero que sólo cuando Paul había querido y sólo cuando estaba dispuesto a permitirme llevarle a hacer algo muy especial.

En general, después de esta historia tan enrevesada, durante la que seguía insistiendo en cuánto se parecían la víctima en cuestión y Paul, el muchacho llegaba a la conclusión de que Paul era un buen amigo y que lo que él se había ofrecido a hacer ponía de manifiesto que yo le caía igual de bien que él a mí.

Mis intenciones a lo largo de aquel proceso enrevesado eran:

- a. Controlar el impacto inicial del primer abuso.
- b. Manipular la situación de forma que el niño se compadeciera de mí.
- c. Manipular al niño hasta tal punto que estaba prácticamente convencido de que no me delataría.
- d. Ofrecerle un personaje inventado para que no se sintiera solo ni diferente.
- e. Abrir la puerta para el abuso siguiente.

Llegados a este punto, consideraba que era relativamente seguro llevar a la víctima a mi casa, pero no por ello de-

jaba de sentirme todavía intranquilo y expuesto. Había hecho todo lo que estaba en mi mano para controlar la situación, pero seguía sintiéndome vulnerable y muy angustiado con respecto a las veinticuatro horas siguientes. Controlar al niño mientras estaba a solas conmigo era fácil, pero me preocupaban sus reacciones cuando llegara a casa y eso escapaba al influjo de mis manipulaciones.

Aquella noche era terrorífica para mí y solía pasarla solo en casa, pensando que cada coche que pasaba era el de la policía o que detrás de cada llamada de teléfono había un padre iracundo.

Al día siguiente continuaba en aquel estado de angustia y temor exacerbados y no había nada que hiciera disminuir tales sentimientos salvo encontrar un motivo para visitar a la familia. Entonces podía determinar de primera mano que no había ningún cambio perceptible en el comportamiento del muchacho ni en los miembros de su familia. En cuanto me era posible hacía precisamente eso, y cuando el niño me saludaba de la forma habitual y los padres se comportaban como de costumbre, me tranquilizaba. Si el niño no estaba normal, en seguida encontraba un motivo para encontrarme a solas con él y reafirmar la preparación del día anterior (algo que casi nunca hacía falta).

Hay una especie de refrán en la mayoría de los programas de recuperación que viene a decir que estamos tan enfermos como nuestros secretos y nuestra necesidad de secretos. Los secretos destruyen y la necesidad de contar con la supuesta emoción e importancia de los secretos en nuestra vida pone de manifiesto la existencia de una personalidad muy trastornada y, creo yo, potencialmente peligrosa.

En la actualidad, cuando oigo a alguien utilizar la expresión «secreto inocente», me entran escalofríos porque tal posibilidad no existe. La inocencia y el secretismo son estados mutuamente excluyentes, y la única vez que aparecen juntos es cuando se utiliza uno para destruir al otro.

## **AMY: LA OBSESIÓN POR EL CONTROL**

En capítulos anteriores hemos visto que cada faceta del modo de pensar obsesivo del pederasta engendra un sentimiento complementario en la víctima. Toda situación que el pederasta trama para sentirse poderoso conlleva una sensación comparable de impotencia y falta de control en la víctima. A menudo las personas que han sufrido abusos sexuales durante la infancia tienen problemas con el control, ya que cuando sufrieron los abusos se encontraban en una situación de gran impotencia. Por cada elemento de control que el pederasta pone en práctica, el niño pierde un poco de su sensación de fuerza. Aunque al lector le resulte desagradable enterarse de cómo se establece ese control, es primordial para comprender el verdadero significado de la pederastia.

Tanto mi padre como mi abuelo utilizaban el control y el poder para victimizarme. Su autoridad absoluta me volvía totalmente vulnerable a sus manipulaciones. Me dejaban bien claro que yo no le hablaría a nadie de nuestra relación.

No había sobornos, sólo el conocimiento de que haría lo que me decían y nunca hablaría de los abusos.

Este control no difería demasiado en cuanto a estructura del de Alan. Mi abuelo, por ejemplo, fue haciendo insinuaciones poco a poco, subiendo la apuesta cada vez y recompensándome después, dejándome escoger un cachorro por ejemplo. Estas recompensas me hacían sentir más especial que mis cuatro hermanos. Su sensación de control parecía omnipotente e incuestionable. Hacía lo que me decía y no había otra opción. La amenaza, siempre implícita, era decisiva: si hacía que mi abuelo y mi padre se enfadaran o fueran infelices provocaría la destrucción de la familia. Y yo no era capaz de tal cosa.

En mi vida el control ha tenido una importancia vital para mí. Ha dado forma a mi sensación de identidad y ha servido de impulso para mis logros personales. Mi necesidad de control se ha manifestado en gran parte como la necesidad de controlarme. Sigo luchando contra el perfeccionismo desmesurado y contra la insistencia por rendir por encima de lo esperado. Mi necesidad de control se manifiesta en tres ámbitos: físico, mental y del entorno.

Físico. Siempre he sido bastante atlética, y cuando analizo mis hábitos de ejercicio físico no me sorprende que los ámbitos que elegí implicaran la realización de movimientos exactos ejecutados en un orden preciso e inalterable. Fui gimnasta en la adolescencia y artista de circo a los veinticinco; en la actualidad levanto pesas. Los aparatos que elegí fueron las barras paralelas como gimnasta y posteriormente el trapecio. Tales aparatos

Exigían una buena dosis de fuerza física y control, sobretodo esto último. De niña no era capaz de controlar mi cuerpo, por lo que más adelante conseguí el control total de todos mis músculos y articulaciones y me volví lo más fuerte posible. También intenté controlar mi funcionamiento físico interno. Desde los trece años no falté ni un solo día al colegio por enfermedad. Pasé así el instituto, la universidad, los dos programas de posgrado y más de una década de carrera profesional hasta que al final (en una sola ocasión) estuve de baja un día. Al recordar todo eso, creo que pensaba que si sucumbía a la enfermedad física, no controlaría mi cuerpo y correría algún tipo de peligro.

- Mental. En mi vida muchas personas, incluido mi esposo y mis mejores amigos, se han preocupado por el hecho de que me dedico con demasiada intensidad al trabajo. En muchas de las cartas que he recibido de Alan durante los pasados diez años, a menudo me ha instado a bajar el ritmo. He sido una trabajadora dura y cumplidora desde los trece años. A esa edad empecé a llevar una vida que me sería posible recordar con posterioridad.

Los trece años representaban el punto final de mi vacío en lo que a los recuerdos se refiere. Antes de esa edad, fui delincuente juvenil y estaba fichada. Hacía trampas en el colegio, robaba en las tiendas y salía con una banda de jóvenes alocados que cometía actos vandálicos.

Mi familia se trasladaba bastante a menudo debido al trabajo de mi padre y cuando nos mudamos por última

Vez, me di cuenta del camino que había emprendido y decidí cambiar de vida. Iba a aprender a tocar la flauta, que consideraba que era el sonido de mi alma (ya sabía tocar la guitarra y el piano) e iba a sacar sobresalientes en todas las asignaturas y a tener amistades saludables. En nuestra nueva ciudad, toqué en bandas y orquestas, competí en equipos de gimnasia, gestioné piscinas, hice de socorrista y di clases de natación, dirigí coros infantiles, dirigí un equipo de canguros y llevé una vida social muy activa, al tiempo que formaba parte del cuadro de honor en todos los cursos.

Mi necesidad de control mental continuó hasta mucho después del instituto. El verano anterior a la universidad, leí un artículo que decía que los humanos sólo necesitan cuatro horas de sueño por la noche y regulé mis hábitos nocturnos de acuerdo con dicha afirmación. Esto me permitió completar un curso largo y pesado de terapia musical en un período de tiempo condensado, que suponía una carga académica mucho mayor que la habitual. Obtuve una media cercana a sobresaliente aun perteneciendo a varias hermandades y clubes, ocupando distintos cargos, saliendo un montón y tocando en orquestas, bandas y conjuntos. Sentía que debía controlar mi mente en todo momento, sin tiempo para relajaciones, por temor a que mi mente me dominara y recordara épocas horribles que todavía no era capaz de recordar. Tardé varios años en curarme y poder desprenderme de la necesidad obsesiva de controlar mis pensamientos y acciones hasta tal extremo.

El entorno. De adulta me he mudado varias veces de Estado para conseguir varios títulos académicos en distintos centros. Con cada traslado, me volvía más experta en el proceso de empaquetar y desempaquetar mis pertenencias. Mis amistades se quedan atónitas al ver que desempaqueto toda una casa en menos de una semana, colgando incluso los cuadros y plantando flores. En pocos días parece que llevo meses viviendo en la casa, sin una caja a la vista. Esto no es más que un ejemplo de mi necesidad de controlar el entorno. Dado que mi interior ha sido tan caótico durante buena parte de mi vida, mi necesidad de ejercer el máximo control en todo lo posible aflora en mi casa. Todo tiene que estar en su sitio.

Estos ejemplos sirven para ilustrar mi necesidad continua de controlar todos los aspectos de mi vida. Mantener el control puede resultar beneficioso, pero, al final, acaba resultando agotador y restrictivo. Uno de mis objetivos personales durante los últimos años ha sido salir de esa rutina, me y renunciar al control. Por curioso que parezca, ha sido más fácil hacerlo con la llegada de mis hijos. El embarazo hizo que mi cuerpo asumiera una identidad nueva y el hecho de ser receptiva y responsable para con los niños, que tienen sus propias necesidades, me ha ayudado a reducir deseo de control en mi vida.

El testimonio de Alan que sigue a continuación ilustra de forma detallada que el tema del control se sitúa en el núcleo sus actos y del de todos los pederastas. Su retórica es casi una reproducción literal de nuestros años de corres-

pondencia y, después de leer y releer sus escritos durante tanto tiempo, me ha sorprendido un rasgo fascinante: los sistemas de manipulación y la estructura de la intensificación, incluido el aplazamiento del orgasmo de sus víctimas, no son sólo el tema de su testimonio. De hecho, están entrelazados en su escritura.

## **ALAN: MI VIDA COMO AGRESOR**

Después de mi detención, un médico que es una autoridad destacada en el mundo de la pederastia me dijo que en realidad el sexo no era la motivación de mis actos perversos. En esa época pensé que aquella era la afirmación más estúpida que había oído en mi vida. Estaba convencido de que todo lo que había hecho en la vida se había centrado siempre en lo que yo consideraba mi deseo sexual incontrolable y pervertido. Me enfadé en cuanto le oí pronunciar tales palabras. Me enfurecí porque después de todos aquellos años de ocultar mi mundo retorcido de fantasías sexuales y abusos pervertidos, la fachada que con tanto cuidado había conservado se había venido abajo y me encontraba en una situación en la que podía hablar de forma clara y franca con un experto. Y su respuesta me pareció totalmente equivocada. ¿Acaso estaba loco? ¿Cómo era posible que me hubiera pasado toda la vida, tanto de niño como de adulto, abusando constantemente de otros niños y ahora él viniera a decirme que el sexo no era la verdadera causa del problema?

Con los años he llegado a entender cuán certeros eran los comentarios del médico. Cualquiera que analizara mi vida podría creer con facilidad que toda la demencia no era más que los intentos patéticos de un individuo por encontrar algún tipo de satisfacción sexual perversa. Pero si se analiza el proceso con cuidado, si se disecciona el método que seguía para atrapar a mis jóvenes víctimas y el patrón de mis actos en cuanto había manipulado a un niño hasta el punto en que ofreciera poca o nula resistencia a mis exigencias, aparece un panorama muy distinto. Estoy convencido de que aunque hay muchos factores que me llevaron a manifestar mis tendencias sexuales, la fuerza motriz, el elemento que desencadenó y estimuló a los demás fue mi obsesión insaciable por sentir que tenía el control.

Más adelante, un médico de la cárcel quiso saber qué hacíamos mi víctima y yo mientras no abusaba de él. Cuando le respondí que no había ningún momento en que no abusara de él, el médico se quedó totalmente confundido. Su confusión ponía de manifiesto lo que considero que es la pieza más importante que falta en la idea que la mayoría de las personas tienen del ciclo del abuso. Al igual que mucha gente, imaginaba lo que había hecho como actos pervertidos aislados a lo largo del tiempo.

A menudo me han preguntado: «¿Cómo es posible embaucar a un niño hasta el punto de que no sólo acceda a soportar perversiones sexuales, sino que continúe permitiéndolas durante un período de tiempo prolongado?». Llegué a comprender que las personas normales se figuran que los abusos son incidentes y actos aislados, en vez de ser un proceso continuo y constante de comienzo a fin.

Lo fundamental era el diálogo manipulador interminable entre mis víctimas y yo. Todos los pasos del ciclo de abusos dependían de mi capacidad para emplear palabras para controlar al niño. Para controlar el cuerpo del niño, antes tenía que buscar la manera de controlarle la mente y estaba claro que la única forma que tenía de conseguirlo era a través de la agresión verbal constante. Pero el objetivo nunca se limitaba al sometimiento sexual. Lo que hice fue orquestar un *crescendo* de sumisión de la víctima que llevaba al movimiento final que les tenía preparado. Y en este *crescendo*, cada nota sucesiva tenía una importancia crítica por ella misma y también por lo que aportaba a la dinámica global de la pieza completa.

Desde el mismo comienzo, el control fue una de mis obsesiones principales. Tal como he descrito, incluso en mi tierna infancia me sentía amenazado y confuso por el mundo que me rodeaba. Me sentía muy distinto de otras personas y muy solo. Entonces fue cuando empecé a retirarme a mi mundo mental de fantasías. Poco después de crear estas fantasías iniciales, descubrí el acto de estimularme sexualmente, aunque a esa edad no entendía por qué la masturbación me hacía sentir bien. En seguida empecé a relacionar ambas formas de placer y creé innumerables fantasías centradas en ese nuevo acto físico placentero. No tardé mucho tiempo en descubrir que las fantasías sexuales no bastaban.

Tenía siete años la primera vez que cometí un abuso. Atraje a un niño de cinco años a un viejo garaje que se utilizaba como almacén y lo manipulé para que se bajara los pantalones y los calzoncillos. Estábamos en pleno verano y el niño no llevaba ni camisa ni zapatos ni calcetines, por lo

Que cuando se sometió a mis exigencias se quedó desnudo delante de mí. En cuanto pasó unos minutos de ese modo, con la cabeza gacha para evitar mirarme, le dije que se vistiera y, después de sobornarlo para que guardara nuestro secreto, nos marchamos.

Cuando analizo este incidente hay dos cosas que me quedan claras. En primer lugar, que no hubo contacto físico con el niño. Pero lo que es más importante, recuerdo que el placer máximo lo experimenté cuando el niño se soltó el broche de los pantalones. Noté que la electricidad me invadía el cuerpo. Disfruté haciéndole estar allí de pie, pero el resto del acto, el hecho de que se bajara los pantalones, no me resultó tan excitante como cuando hizo el primer movimiento que ponía de manifiesto que haría lo que yo quería.

Otros dos pederastas me han contado historias similares en años pasados. En uno de los casos, el agresor tenía diez años y obligó a un niño más pequeño a dejarse desnudar por completo en la reclusión de un sótano. El agresor recordaba haberle despojado de cada una de las prendas de vestir y hacer que el niño estuviera de pie delante de él, pero luego le había dicho que se vistiera sin mantener contacto físico alguno. Cuando le pregunté por qué, en vista de que su víctima cooperaba, no había hecho nada más, el hombre contestó: «Supongo que tenía lo que quería, así que paré ahí». Luego le pregunté qué era lo que le parecía excitante de esa primera agresión. Al comienzo dijo que «todo», pero cuando le pedí que fuera un poco más concreto, añadió:

«Bueno... cuando empecé a quitarle la camisa y no se resistió ni siquiera dijo nada... Me sentí tan bien que me puse a temblar».

El otro pederasta que había tenido una experiencia inicial similar era un joven que había abusado sexualmente de otros desde los seis hasta los catorce años. Afirmó que antes de la primera agresión, sinceramente, no había soñado con hacérselo a nadie y dijo: «Parece que se me ocurrió de pronto aquella noche». Mientras hacía de canguro del niño de siete años de unos amigos casados, este agresor manipuló al niño para que jugaran a plantearse desafíos. Retó al niño para que cayera en una serie de pequeños trucos no sexuales y luego le desafió a quitarse la parte superior del pijama, lo cual el niño hizo rápidamente. Los retos continuaron hasta que el niño se quedó desnudo y luego le ordenó que se vistiera y se fuera a la cama. A este agresor, igual que al anterior, le pregunté qué le había parecido tan excitante y respondió: «Cuando se quitó la parte superior me quedé satisfecho, pero no me excitó demasiado. Luego, cuando se atrevió a quitarse la parte de abajo, sabiendo que entonces se quedaría en calzoncillos, se paró. Me refiero a que me miró confundido. Al final me pidió si iba a querer que se lo quitara todo. Dije algo así como... ‘quizá’ y se quedó ahí parado. Hablé un poco más y al cabo de unos minutos así empezó a desatarse el cordoncillo. Cuando hizo eso supe que había ganado y entonces sí que me excitó».

Cuando le pregunté por qué no había ido más allá con el niño, sobre todo porque conocía todo tipo de perversiones por experiencia personal y reconocía que le gustaba ese tipo de contacto sexual, contestó: «Nunca me lo había imaginado. Más tarde, no aquella noche.., pero al cabo de un par de meses le obligué a hacer muchas cosas, pero creo que lo importante aquella primera noche fue hacérselo hacer, ya

Sabes, que se desnudara. En cuanto cedió, lo mandé a la cama, me fui al baño y me la machaqué».

En cada caso el agresor obligó a la víctima a hacer algo y también en cada caso en cuanto esa petición fue satisfecha, el agresor paró. Hay que reconocer que podría haber numerosas razones por las que ninguno de nosotros no pasó al abuso físico en aquel momento determinado, pero realmente creo que la cuestión estaba más relacionada con nuestra necesidad inmediata de demostrar que teníamos el control. Supongo que exigimos obediencia para compensar nuestra necesidad momentánea de asumir el control. Es decir, en cuanto hemos demostrado con creces que tenemos el control, no pedimos más. Por desgracia, para muchos de nosotros, la necesidad de comprobar nuestro «poder» es cada vez mayor. Y, a menudo, el nivel de la prueba necesaria para validar nuestra sensación de control sigue intensificándose.

En mi caso en concreto, el éxito inicial hizo que pasara muchas noches fantaseando sobre el incidente. Lo reproducía en mi mente una y otra vez y lo utilizaba como estímulo para la masturbación. Sin embargo, después de hacerlo varias veces, perdía el interés. Para que fuera más excitante, no sólo imaginaba lo sucedido, sino que iba añadiendo elementos.

Fantaseaba que hacía estar de pie al niño y que él me dejaba tocarle. Tras fantasear sobre aquello durante un tiempo, pensando en el lugar donde hacerlo y qué decir, etc., convencí a la misma víctima para que viniera al mismo sótano del edificio y volví a abusar de él. Esta vez la diferencia fue que el hecho de verle bajarse los pantalones, aunque

Excitante, no me produjo el mismo efecto electrizante que me había provocado con anterioridad. Seguí hablando con el niño hasta que aceptó dejar que le tocara y, en cuanto asintió con la cabeza, sentí la misma excitación eléctrica que había experimentado con anterioridad. No niego que tocarle me resultara placentero, porque sí lo fue, pero la verdadera excitación provino de nuevo del hecho de que se sometiera a mis deseos, y porque vi que lo había vencido.

Lo que no advertí a tan tierna edad era que cada vez que sentía la emoción que me provocaba que la víctima accediera a mis demandas, esa emoción me hacía volver a desear que sucediera de nuevo. Al comienzo intenté recrear la sensación haciendo que la víctima hiciera lo que había hecho con anterioridad, pero nunca era lo mismo, me resultaba placentero pero no excitante. Cada vez que demostraba que conseguía que alguien hiciera lo que yo quería, resultaba que tenía que demostrármelo una y otra vez.

También me di cuenta de que conseguir que otra víctima hiciera lo mismo me resultaba electrizante. Entonces tenía dos herramientas para sentir la excitación: encontrar nuevas víctimas y hacer que la víctima actual hiciera algo nuevo. Sé a ciencia cierta que antes de cumplir los ocho años encontraba de forma regular nuevas víctimas a las que someter y que había pasado de obligarles a desnudarse al sexo oral. Desde los siete años hasta los casi once, seguí el mismo patrón de intensificación:

1. Objetivo: escoger a un niño y estar a solas con él.
2. Desnudo: obligarles a desnudarse.
3. Tocarle.

4. Masturbarle.
5. Practicarle sexo oral.
6. Hacer que me masturbe.
7. Hacer que me practique sexo oral.
8. Buscar una nueva víctima.

El patrón siempre era el mismo, aunque la velocidad con la que evolucionaba con cada víctima por estas etapas variaba sobremanera. Antes de cumplir los nueve años, no era extraño que tuviera varias víctimas en distintas etapas de este patrón al mismo tiempo, a veces incluso abusaba de ellos el mismo día.

Asimismo, descubrí que al pensar en cómo evitar que cada víctima se resistiera en mis fantasías antes de probarlo en la realidad, siempre estaba preparado para cualquier objeción que el niño pudiera plantear antes siquiera de que la planteara. Cada víctima nueva me enseñaba un poco más a controlar la situación. A los nueve años estaba convencido de ser capaz de conseguir a la víctima que quisiera. Pero, si bien tener una víctima nueva siempre me resultaba excitante, incluso aunque añadiera elementos iba perdiendo la emoción. Y en cuanto una víctima ya no ofrecía resistencia a mis peticiones, perdía todo el atractivo. Quería más.

Una de mis víctimas en aquella época era un niño de siete años que, durante el verano, había sufrido tantos abusos que ya no se resistía a mis exigencias. Mientras íbamos andando al colegio un día, puse en práctica mi última fantasía. Le dije que se reuniera conmigo en el lavabo de chicos a una hora determinada. Hasta aquel momento sólo había abusado del niño en lugares totalmente aislados, La

Verdad es que el niño no quería hacerlo ahí. Me sugirió que nos encontráramos después de clase, que fuéramos al lugar habitual y que se portaría muy bien, pero eso no era lo que yo buscaba. Cuando entramos en el edificio, le ordené que estuviera allí a la hora.

Vino. Estaba muy asustado e incluso temblaba, pero vino. En el momento en que le vi cruzando el umbral de la puerta de los lavabos, sentí esa emoción eléctrica. Demostré que podía hacerle venir. Estaba tan tembloroso, le sobresaltaba cualquier sonido procedente del pasillo, que no hice nada. Le dije que se reuniera conmigo después de clase y lo volví a mandar al aula. Entonces supe que haciendo que hasta la más sumisa de las víctimas se sometiera a un abuso en un entorno que dificultaba todavía más todo el acto intensificaba mi sensación de control.

En aquel momento no imaginaba demasiados entornos nuevos para cada víctima, sino que lo más habitual era que sometiera a las víctimas nuevas a la misma serie de escenarios que habían resultado difíciles para la anterior. La etapa final de esta rotación era obligar al niño a participar en actos sexuales en su propia casa mientras otros miembros de su familia estaban en alguna habitación contigua. En cuanto la víctima accedía a este paso, perdía la capacidad de encontrar nuevas emociones y poco a poco me apartaba de él y me dedicaba a otras víctimas.

Es importante señalar que no todos los niños aceptaban todos los pasos del ciclo. Me encontré con muchas víctimas que me permitieron continuar hasta cierto punto y luego rechazaron de lleno todos los intentos más allá de ese nivel. Esta pérdida de control me enloquecía. Con esos niños in-

tentaba toda manipulación, soborno y promesa que se me ocurriera, pero algunos seguían negándose a ceder. Cuando llegaba a este punto me frustraba y lo dejaba por otra víctima más dispuesta. Pero había algo de este asunto que me fascinaba y seguía fantaseando sobre el tema noche tras noche. Ese niño, por temor a tener que sufrir abusos en un nuevo entorno, prácticamente me había suplicado que le dejara hacer cualquier cosa.

Lo que empecé a entender fue que su temor a tener que hacer algo le había llevado a ofrecer la rendición total en otros ámbitos. También me percaté de que lo que temía no era el acto sexual, porque ya había hecho de todo, sino el sentimiento de culpa y vergüenza de que otra persona descubriera lo que había hecho. Aunque a los nueve años quizá no lo habría expresado de este modo, lo que entonces comprendía era que el sentimiento de culpa y la vergüenza de la víctima eran unas herramientas sumamente poderosas para obligarle a hacer más.

Al percibir este poder nuevo, inmediatamente fantaseé sobre la forma de aprovecharlo. En aquel momento, abusaba de forma regular del hijo de ocho años de un amigo de mis padres. Vivían a un bloque del mío y había victimizado al niño hasta el punto de que ya no se resistía demasiado a mis demandas. Pero, a pesar de mis manipulaciones, sobornos, etc., no conseguía que practicara sexo oral. Nada parecía ser capaz de obligarle a ir más allá del límite al que había llegado. Sirviéndome una vez más de un plan que había urdido durante mis fantasías nocturnas, le dije a ese niño que como no estaba dispuesto a hacerme feliz, estaba convencido de que conseguiría que su hermano de seis años sí

Accediera, sobre todo si se enteraba de que su hermano mayor también jugaba a lo nuestro. Esa misma tarde, tras oír esa sugerencia varias veces, hizo lo que yo quería. Cuando accedió, noté una sensación de poder absoluto sobre él, una sensación retorcida que se intensificó por el hecho de saber que se sometía para evitar dos cosas: la vergüenza de que su hermano se enterara y quizá evitar que su hermano tuviera que hacerlo.

Estaba aprendiendo a utilizar la emoción de la víctima como forma de obtener el control sobre ella. Estaba empezando a jugar con sus sentimientos, temores, necesidades, inseguridades, curiosidades, ego y avaricia (deseos) para hacerle hacer cosas que realmente no quería hacer. También en esta época me di cuenta de que los secretos eran una herramienta de control sumamente poderosa y empecé a compartir secretos con posibles víctimas como forma de demostrar cuánto confiaba en ellas, alentándoles a demostrar su confianza haciendo lo mismo. En última instancia, utilizaba la desesperada determinación de la víctima por mantener aquellos actos feos en secreto como arma para tenerlo callado y obligarle a someterse todavía más.

Cada vez era más experto. Me había dado cuenta de que había ciertos tipos de niños mucho más susceptibles de convertirse en víctimas que otros y empecé a buscar a los que presentaban ciertas características. Aprendí lo que bien pudo haber sido la lección más importante para convertirme en un ave de presa manipuladora: aprendí a escuchar.

Escuchando a un niño, compartiendo secretos y alentándole a hablar de todo lo que se le pasaba por la cabeza, acababa queriendo pasar tiempo conmigo y, sin él saberlo,

Me proporcionaba todo lo que necesitaba saber sobre su vulnerabilidad personal para convertirlo en víctima. Descubrí que a la mayoría de las personas les gusta hablar de ellas mismas si se les brinda la oportunidad y que, una vez convencidas de que pueden confiar en ti, se sientan y te lo cuentan absolutamente todo sobre ellas y su familia. Creo que lo que tuve claro desde los once o doce años era que en realidad esos niños sentían que nadie les escuchaba.

Antes de llegar a la adolescencia añadí dos pasos a mi esquema de abusos intensificados que eran una prueba clara de mi obsesión por el control total. Para explicar la primera de estas incorporaciones tengo que señalar algo que muchas personas no parecen comprender o que, al preferir ver a los niños como seres asexuados, no quieren ver. Todos los niños de los que abusaba y yo éramos prepubescentes. Ninguno de nosotros producía semen todavía ni éramos capaces de eyacular. Pero el hecho de no haber llegado a la pubertad no significaba que no fuéramos capaces de alcanzar el clímax sexual.

Si se le masturbaba hasta ese punto, el niño alcanzaba prácticamente las mismas sensaciones que se experimentan en la edad adulta. Del mismo modo, durante el período inmediatamente anterior a dicho clímax el cuerpo siente tanto un placer increíble como una tensión física real. Cuando el niño alcanza ese clímax no eyaculatorio, la intensidad del momento es absoluta, y tras esa sensación tan intensa, mi deseo de contacto sexual termina.

Estas sensaciones no me resultaban nuevas a los doce años, porque aunque no tenía ni idea de lo que era el orgasmo o cuándo se producía, hacía más de cinco años que

Me masturbaba cada noche. Había visto repetidas veces que cuando una víctima estaba cerca de lo que llamábamos «eso» (orgasmo) era mucho más fácil conseguir que accediera a algo como método para que «llegara». Cuanto más cerca estaba de ese punto, más reaccionaba su cuerpo y menos probable era que siguiera resistiéndose. Pero también había visto que en cuanto llegaba a «eso», la sesión ya podía dar-se por concluida. Entonces lo único que quería hacer era marcharse.

En ese estado postorgásmico, hasta la más sumisa de las víctimas estaba acabada y ningún nivel de manipulación o presión conseguiría que hiciera algo más. Entonces empecé a evitar a propósito que la víctima alcanzara el clímax. Le hacía someterse a la masturbación, le llevaba a un estado en que estaba a punto de llegar al orgasmo y entonces dejaba de tocarle. Pero hacía una pausa que sólo evitaba culminar el orgasmo, no era lo suficientemente larga como para dejar que disminuyeran ni la tensión corporal ni el instinto emocional. Cada vez que retornaba la masturbación, los efectos físicos y emocionales eran más agudos y su resistencia cada vez menor. El hecho de conocer esta reacción me hizo añadir nuevos pasos a mi esquema de abusos:

9. Controlar el clímax de la víctima.

10. Atarle las manos a la víctima y prolongar el clímax.

He descrito los actos retorcidos de un niño entre los siete y los trece años. Al volver la vista atrás, soy consciente de que mis abusos estaban claramente motivados por mi necesidad de control y dominación de algo en la vida. Conti-

nué esta intensificación a lo largo de mi vida y perfeccioné mi capacidad de manipular y controlar a los niños, pero el patrón que seguía era una base sólida y una parte totalmente aceptada de cómo me veía.

Después del instituto me alisté en el ejército un par de años con la esperanza de alejarme de la pederastia. No fue lo que ocurrió. Lo que sucedió fue que conocí a otro pederasta y descubrí que mis actos horrendos no eran únicamente míos. Como estaba destinado en una oficina, tuve la misión onerosa de rellenar sus documentos para una baja deshonrosa relacionada con su pederastia. Huelga decir que permanecí en silencio con respecto a nuestra similitud y fui testigo de primera mano de la vergüenza pública que acompañaba a nuestras horribles perversiones sexuales.

Cuando me licencié, me trasladé a una zona de las afueras de una gran ciudad, en una comunidad que me era totalmente desconocida. No es de extrañar que una de las primeras cosas que hice para arraigarme fuera asociarme con una iglesia local que, por supuesto, patrocinaba una pequeña tropa de *boy scouts*. Entré a trabajar en una gran empresa como programador informático y empecé mi nueva vida de joven adulto.

Como tenía veintiún años y estaba soltero, las familias que pertenecían a la congregación en seguida me invitaron a comer los domingos o a tornar algo. A raíz de estas invitaciones surgieron varias amistades que me mantenían ocupado buena parte del fin de semana. Me atraían las invitaciones de familias jóvenes con hijos, sobre todo niños que estaban en el rango de edad de mis víctimas o próximo al mismo. Tenía claro que aquella relación como «amigo de la

familia» me ofrecía un potencial enorme para los abusos, pero también resultaba evidente que necesitaba encontrar un método nuevo para abordar al niño. Quería un método que funcionara prácticamente delante de los padres.

Mi fantasía tomó forma con rapidez y los primeros pasos me exigieron interpretar un nuevo papel. Cuando empecé a ir a ese tipo de casas intentaba comportarme como si el niño (o niños) no existieran. Quería presentarme como un joven que era amable con los niños pero al que tampoco le enloquecía su presencia. Los saludaba con cariño y les dedicaba cierta atención, pero lo que deseaba especialmente era que la gente pensara que no estaba acostumbrado ni demasiado a gusto con niños (el típico soltero). Con el tiempo, después de varias visitas y de incluso pasar unas cuantas noches en el cuarto de los invitados, dejaba que los niños me empezaran a gustar e incluso los padres hacían comentarios sobre lo positivo que era que me fuera adaptando a la vida familiar.

Aunque quizá deseara que me convencieran para jugar a algo o colaborar en algún tipo de afición o manualidad, siempre me planteaba un límite de tiempo estricto y cuando llegaba a ese punto, me apresuraba a retomar lo que parecía ser la necesidad de compañía adulta.

Poco a poco, iba aumentando el contacto con el niño al que le había echado el ojo y, si mi impresión inicial acerca de su potencial era buena, le ofrecía que me acompañara la siguiente vez que fuese a salir de la casa para ir al centro comercial o a hacer algún recado para sus padres. En cuanto estaba a solas con el niño, incluso en esos primeros instantes, recurría al primer paso del proceso que había em-

pleado prácticamente toda la vida. Intentaba que se «abriera» y pasaba buena parte del tiempo escuchando.

Llegado este momento, guiaba la conversación si lo que escuchaba me convencía de que era una víctima potencial, y seguía buscando formas de atraerlo hacia mí para pasar a la fase de prueba.

La excitación de manipular al niño ante las narices de sus padres me ofrecía una nueva sensación de euforia. A menudo hacía cosas que nunca antes me había planteado. En muchas ocasiones, cuando visitaba la casa de una de mis víctimas, me llevaba al niño a un rincón unos momentos y le decía que mientras tomaba una copa o jugaba a las cartas con sus padres tenía que ir a su habitación, quitarse la camisa y bajarse los pantalones hasta los tobillos. Cuando estuviera preparado tenía que llamarme diciendo que quería enseñarme algo. Entonces iba rápidamente a su habitación, veía al niño exactamente tal como le había ordenado, lo acariciaba, le daba un dólar y volvía con los adultos. Esto me producía una sensación inmensa de control.

Otras veces cuando se celebraba una fiesta en la casa, hacía que el niño fuera a uno de los baños y se desnudara del todo. Luego llamaba a la puerta de una forma determinada y cuando me dejaba entrar, abusaba de él. Todos aquellos riesgos eran una locura y aun así era imparable. Al final, con cada uno de aquellos muchachitos, me llamaban para cuidar de ellos en algún momento en que sus padres se ausentaban o yo inventaba alguna razón que sonara lógica para que durmieran en mi casa antes de hacer algo «especial» al día siguiente. En esa primera pernocta, el abuso se intensificaba de forma considerable.

No consideraba ninguno de aquellos ofrecimientos de amistad que tantas familias y personas me proporcionaban como actos verdaderos de amabilidad, confianza y compañerismo. Pensaba cada vez más que esas personas me utilizaban. En mi mente retorcida convertía las invitaciones en exigencias, me pedían que hiciera algo para seguir teniéndolos contentos. Tal como había tenido por costumbre toda la vida, distorsionaba la realidad, distorsión que entonces intentaba utilizar como justificación mental para tener derecho a lo que yo quería. Como siempre, optaba por verme como víctima.

Aunque no había hecho nada para mostrarme activo con los *scouts*, a veces me ofrecía voluntario para ir de excursión de fin de semana como supervisor adulto. El jefe del grupo de *scouts* en seguida se dio cuenta de que yo era un campista consumado y que tenía mucha experiencia en el mundo de los exploradores. Casi de inmediato me preguntó si me interesaría colaborar con él como ayudante, pero decliné la oferta.

Sentía un deseo apremiante de volver a estar rodeado de niños, pero no quería dar ese paso hasta que toda la congregación estuviera convencida de que lo hacía con suma renuencia y sólo porque el pastor y los miembros del consejo me habían reclutado. Lo último que quería en el mundo era que alguien se preguntara por qué aquel joven soltero quería dedicar tanto tiempo a los niños. Tal como había imaginado, el jefe del grupo de *scouts* trató el asunto con varios miembros del consejo y con el pastor, y me insistieron para que me implicara más en las actividades.

No habían transcurrido más de dos meses desde mi incorporación a los *scouts* cuando el estado de salud del jefe

de grupo le obligó a retirarse. Los miembros del consejo me pidieron que ocupara su cargo y decliné la oferta. Dejé bien claro que aunque había aceptado ayudar, no tenía ningún interés en pasar una noche a la semana haciendo de canguro. Añadí que quizá cuando tuviera hijos de esa edad la situación cambiaría, pero por el momento consideraba que era una responsabilidad más propia de un padre. Me pidieron que por lo menos siguiera ocupándome de la tropa hasta que encontrarán un sustituto adecuado y acepté, plenamente consciente de que pensaban utilizar esa táctica como método para que cambiara de opinión.

A partir de entonces, el pastor, los miembros del consejo e incluso los padres de los niños de la tropa empezaron a ponerse en contacto conmigo para pedirme que recapitara. Al final, acudí a los miembros del consejo y les dije que como veía la necesidad del movimiento *scout* y la necesidad de nuestra iglesia de ofrecer aquella actividad tan importante a los niños, aceptaba el cargo. Sin embargo, me preocupaba tener que asumir la responsabilidad de todo el trabajo. Les dije que podía encargarme de las reuniones e incluso encontrar tiempo para las acampadas, pero que si también tenía que dedicarme a tareas administrativas, recaudación de fondos, etc., no tendría tiempo para mi vida privada. Me ofrecí a hacerme cargo de una parte del trabajo si la iglesia me apoyaba.

Dadas las circunstancias, todos los implicados sabían que yo no quería hacer ese trabajo, pero que me veía obligado a aceptarlo. Sin embargo, ninguna otra persona estaba dispuesta a asumirlo, ninguno de los padres de los niños de la tropa. Formaron comités para encargarse del transporte, la

Administración, las pruebas, los asuntos financieros, etc. Dejé muy claro que había aceptado porque veía que querían que hiciera el trabajo y por todo el apoyo que estaban dispuestos a brindarme.

Así conseguí dar la imagen que necesitaba. Si alguien se planteaba por qué aquel joven pasaba tanto tiempo con los niños, todo el barrio y la congregación explicarían cuánto es había costado convencerme.

Una de las primeras cosas que hice cuando asumí el mando de la tropa fue convencer a mis amigos con niños en edad de ser *scouts* (la mayoría de los cuales ya eran víctimas de una forma u otra) de que inscribieran a sus hijos en la ropa. Así tenía motivos nuevos, justificados e inmediatos para estar con ellos por la noche. Aunque volvía a estar en un terreno que me resultaba familiar, descubrí que siendo adulto tenía que modificar en cierto modo mi método para abordar a los niños.

Al comienzo, cuando tenía unos veintidós años, mi condición de adulto parecía un impedimento para que los niños me tuvieran confianza. Me quedó claro que a partir de entonces el principal objetivo de mis primeros pasos con cada víctima sería transmitirle la sensación de que estaba mucho más próximo a él que al mundo adulto. No tardé demasiado en desarrollar una serie de estrategias que transmitían esta idea a la mayoría de los niños y empezaron a verme de forma distinta a otros adultos. Comencé la rutina típica de escuchar, compartir secretos e intensificar mis actos.

Según el nuevo enfoque, los primeros encuentros eran un tanto distintos, pero también me di cuenta de que el he-

cho de tener estatus de adulto, transporte, un lugar propio para llevar a las víctimas y los medios económicos para ofrecer sobornos considerablemente mejores demostró compensar con creces toda resistencia inicial. La mayoría de las víctimas potenciales se quedaban turbadas al ser objeto de atención especial del joven y nuevo jefe de grupo y en el plazo de un mes o dos daba el primer paso sexual con una nueva víctima.

También en esta época pasé a ser el director de un campamento de *scouts* de dos hectáreas y media en las afueras de la ciudad. Se trataba de una zona pequeña y boscosa que a menudo utilizaban las tropas locales para acampar los fines de semana, pero estaba en muy mal estado. Me ofrecí voluntario para llevar allí a unos cuantos muchachos todos los fines de semana para trabajar y por ello me dieron una pequeña cabaña en medio de la finca que podía utilizar cuando quisiera quedarme allí.

Aquel campamento y la cabaña privada me ofrecían un lugar perfecto para llevar a las víctimas, aparte de mi apartamento. El hecho de que estuviera situado a sólo diez o quince minutos de la ciudad hacía que me resultara incluso más atractivo. Llevando allí a los jovencitos para pasar un fin de semana rindiendo un servicio a la comunidad como excusa y disponiendo de una cabaña, en seguida me relacioné con un montón de niños.

A los veinticuatro años había encontrado un hueco apropiado para mí y estaba razonablemente acostumbrado a mi nuevo estilo de vida. Al volver la vista atrás quizá lo que más recuerdo sea ser consciente de que no tenía futuro, por lo menos no el futuro en el sentido que la palabra tenía para

los demás. No era una sensación aprensiva de fatalidad o desastre, sino el hecho de darme cuenta de que para mí nada cambiaría realmente. Tenía claro que los aspectos físicos de mi entorno habían cambiado pero que mi mundo mental permanecía igual. En el pasado había habido ocasiones, aunque no muchas, en que había albergado la pequeña esperanza de que todos mis pensamientos y acciones pudieran ser algo que acabaría superando. En ese momento incluso esa idea vaga y poco frecuente me parecía idiota. Cuando oía a amigos o compañeros de trabajo hablando de lo que esperaban hacer en el plazo de cinco o diez años, me parecía ajeno a mí.

Por supuesto ni siquiera me planteaba la posibilidad de considerarme responsable de todo aquello. En mi mente yo era la víctima. ¿Cómo iba a ser responsable de algo que no controlaba? Al fin y al cabo yo no había querido ser pederasta. Se trataba de una cuestión sobre la que nunca había podido elegir. A mis ojos yo era diferente, defectuoso de nacimiento, y ese estado de diferencia era absoluto e inalterable. La pederastia era algo con lo que estaba obligado a convivir.

En la época transcurrida desde mi detención, a menudo me han preguntado si odiaba o amaba a mis víctimas y/o sus padres. Y probablemente la respuesta sea ambas cosas. Algunos me caían mejor que otros y disfrutaba de su compañía más que de la de otros. Pero «ellos» nunca eran «yo» y el hecho de que me cayeran bien o mal nunca llegó a afectar a mi comportamiento. Mi sensación de desapego era tan completa que nunca consideré lo que hacía como algo personal.

Si pasaba por casa de unos «amigos», me quedaba un rato, cenaba y tomaba unas copas y luego me llevaba a su hijo a mi casa y abusaba de él, no lo veía como una traición o como algo personal. Al esforzarme por mantener de forma constante mi sensación de víctima junto con la de desapego total de cualquier otra persona, consideraba a las personas como objetos y las culpaba de mi punto de vista.

A los veintipocos años encontré una especie de equilibrio enrevesado en la vida. Estaba claro que vivíamos conjuntamente en dos mundos distintos. En su mundo, yo era un monstruo; en el mío, si bien no les consideraba monstruos, eran una especie de objetos. Como víctima autoinducida, decidí asumir que me utilizaban, por lo que no sentía ningún remordimiento por el hecho de utilizarlos a ellos.

Con esta mentalidad no tenía más remordimientos por utilizar a sus hijos que por utilizar su coche. Mi actitud estaba clara. En su mundo ellos me controlaban y en el mío yo lo controlaba todo.

A los veinticuatro años tenía dos formas distintas de acceder a las víctimas potenciales: a través de la amistad con sus padres o mediante la tropa de los *scouts*. Utilizaba un método y esquema de abusos que llevaba diecisiete años creando y perfeccionando y no temía que las víctimas me delataran. Las herramientas de las que disponía como adulto eran mucho más potentes que las que había tenido en años anteriores y, como consecuencia de ello, abusaba a una escala que me habría resultado impensable cinco años antes. En esos momentos tenía un fondo constante de víctimas en distintos grados del proceso de abuso, fondo que debía de incluir cerca de cuarenta o cincuenta muchachitos. Recuer-

do con claridad haber asistido a una función de Navidad en la iglesia donde, de los once niños que había en el escenario, nueve eran víctimas en aquel momento.

Sabía por experiencia que la consecuencia habitual de la llegada a la pubertad de la víctima era un mayor desespero por encontrar una forma de acabar con los abusos. Si había empezado a sufrir abusos a los nueve o diez años, al llegar a los trece o catorce, los había sufrido con tanta frecuencia y, en su mente, había permitido que se sucedieran tanto tiempo, que se sentía totalmente incapaz de contarle aquello a alguien. El muchacho era como un prisionero silencioso de su equivocado sentimiento de culpa y vergüenza. Aunque el niño de doce o trece años estuviera totalmente asqueado por lo que se veía obligado a soportar; en casi todos los casos prefería someterse a ello que arriesgarse a sentir la vergüenza pavorosa de que alguien lo descubriera.

Sin embargo, a medida que estas víctimas se acercaban a la pubertad, el deseo más acusado de independencia adolescente hacía que la sumisión les resultara más intolerable. A los trece años, la mayoría de mis víctimas buscaba desesperadamente la forma de acabar con aquello pero sin que nadie se enterara. En años anteriores, cuando tardaba mucho más en culminar los abusos con una víctima, este deseo de independencia adolescente aparecía más o menos en el mismo momento en que perdía el interés por el muchacho.

No obstante, a los veintipocos años, provisto de un arsenal de armas nuevas y más potentes, había reducido el tiempo que tardaba en intensificar los abusos con una víctima. En poco tiempo me daba cuenta de que las víctimas de diez y once años que me rodeaban ya habían alcanzado el

punto de la resignación mental mucho antes del comienzo de la pubertad y del deseo de independencia adolescente. Me había pasado los dos años anteriores preparando, sobornando y abusando de esos niños y acostumbrándoles a recibir gran cantidad de tiempo, atención y recompensas. Asimismo, me había dedicado a inculcarles una idea retorcida de la amistad, sobre todo para hacer que se sintieran especiales. Todavía no habían llegado al punto de darse cuenta de que no necesitaban aquel tipo de atención perversa y, cuando intentaba apartarme de ellos, la mayoría reaccionaba como si de repente se sintieran rechazados.

En esencia, si bien ya habían alcanzado el punto de la sumisión en el que yo ya no sentía ninguna emoción por el hecho de controlarlos y abusar de ellos, ellos no habían llegado al punto de poder alejarse en silencio. Para complicar todavía más una situación ya de por sí compleja, ser adulto también implicaba encontrarme en una posición en la que no podía desaparecer sin más. Durante la infancia, no es nada raro tener amigos íntimos de los que uno se va apartando. Los padres están acostumbrados a ver que las amistades infantiles vienen y van y, aunque quizá formulen algunas preguntas, lo aceptan como una fase normal del desarrollo social.

Por otro lado, muchas de mis víctimas de entonces eran hijos de gente con la que me unía una relación de amistad. En varios casos, pasaba cierto tiempo en casa de esos muchachos y sus familias y el hecho de cortar de forma abrupta la relación daría pie a muchos interrogantes. Incluso en los casos en que el niño no era hijo de mis amistades, seguía formando parte de la tropa de *scouts*. Y yo no sólo no quería

dejar de ser el jefe de grupo, sino que si lo dejaba de repente me exponía a publicidad, preguntas y posibles problemas.

Resumiendo, por primera vez en mi vida resulta que estaba rodeado de una gran cantidad de víctimas jóvenes que ya no me ofrecían lo que buscaba, pero de las que no podía desprenderme de forma segura. Tenía que seguir manteniendo el mismo nivel de atención, tiempo y recompensas al que los tenía acostumbrados. Vuelvo a insistir en que ninguno de esos muchachos quería que siguiera abusando de ellos, pero todos eran lo suficientemente jóvenes como para desear las atenciones y el trato especial que les había estado dedicando en otras circunstancias. Como siempre, yo atribuía aquella situación a mi condición de víctima. Ya no oponían resistencia, me daban prácticamente lo que quisiera, excepto el éxtasis que era lo que yo más quería.

Para mí no había excitación ni sensación alguna de control; en todo caso me consideraba controlado por ellos. Como no veía una forma segura de cortar la relación con aquellas víctimas, era evidente que necesitaba encontrar la manera de que me resultaran más excitantes. La excitación procedía de la sensación de control y el control implicaba hacerles hacer algo que fuera más allá de lo que les había pedido con anterioridad. Necesitaba hacer algo que me excitara, algo que supiera que no querían hacer por nada del mundo y así obligarles otra vez a someterse a mis deseos.

Empecé a fantasear por las noches con nuevas ideas, en un intento por encontrar algo que me cautivara la imaginación y, para realzar esas sesiones de fantasía, recurría a la pornografía infantil, algo que se había convertido en una costumbre. Al cabo de poco tiempo supe con claridad cuál

sería el siguiente paso. Convertí mi fantasía en un plan viable y elegí a la primera víctima. Salí a comprar mi primera Polaroid.

Para variar, elegí al más vulnerable de aquel grupo de víctimas ya de por sí vulnerables. Era un muchacho con una vida familiar difícil al que su madre y los abuelos que lo educaban prácticamente no le hacían caso. Era uno de los muchachos que me habían llamado repetidas veces para pedirme que lo llevara de fin de semana y parecía tener la actitud de que sufrir abusos sexuales y obtener algo por ello era mejor que quedarse en casa, sufriendo otro tipo de abusos sin recibir nada a cambio.

Cada vez que tengo la tentación de retomar mi vieja mentalidad de víctima, me acuerdo de este niño y el horror de lo que le hice pasar en seguida me hace ver quién es la verdadera víctima de mis delitos. Sin embargo, en esa etapa no era más que otro objeto, el objeto elegido para probar aquel nuevo tipo de abuso excitante.

Pasé por su casa entre semana y conseguí el permiso para llevármelo al campamento durante el fin de semana. Lo recogí el viernes por la noche y fuimos directamente a la cabaña. Entonces le dije que tenía dos opciones. La primera era que podíamos pasar el fin de semana en el campamento y hacer lo habitual, realizando labores de mantenimiento durante el día y dejándole conducir el *jeep* o, si quería, podíamos probar algo más divertido. Haríamos algo que sabía que le encantaba y me encargaría de que se lo pasara en grande.

Su parte del trato consistía en estar dispuesto a probar algo nuevo el día siguiente por la noche y en seguida le puntalicé que aquella novedad no incluía ningún acto físico

que no hubiera hecho con anterioridad ni implicaba la participación de alguien que no fuéramos él y yo. Me negué rotundamente a darle más detalles, pues quería mantener altas sus expectativas, y añadí que tenía que ser un acuerdo a ciegas. Si aceptaba, lo haríamos y si decía que no, nos quedaríamos por el campamento.

Supongo que se figuró que si estábamos solos y ya lo había hecho, podría soportarlo de nuevo, así que aceptó. Al día siguiente temprano, lo levanté, lo llevé a desayunar y luego le sorprendí llevándole al parque de atracciones de la zona. Le dejé montarse en todas las atracciones que quiso y atiborrarse de refrescos y chucherías. Durante todo el día le fui recordando que esperaba su cooperación cuando llegáramos a casa. No se sorprendió cuando le llevé a mi casa en vez de al campamento, pero cuando le hice entrar en el dormitorio y vio la cámara y varios carretes, empalideció.

En seguida me quedó claro que la idea de que le fotografiara le aterrorizaba. Al igual que todas mis víctimas, ese muchacho vivía con el temor constante de que alguien sospechara lo que estaba haciendo y la idea de fotografiarlo lo puso al borde de las lágrimas. En cuanto vi el alcance de su renuencia, sentí la antigua emoción electrizante y el juego volvió a empezar.

Aquella primera noche conseguí hacerle fotos pero no del tono que deseaba. Aprovechándome de su sentido de la obligación por el día pasado en el parque, hice que se sometiera a ocho fotos (un carrete). En la primera se le veía vestido y a cada instantánea sucesiva aparecía con una prenda de vestir menos... pero sólo hasta quedarse en calzoncillos. Recuerdo que intenté que en la última foto apareciera

desnudo, pero lo máximo que conseguí en ese primer intento era que se viera claramente que en la octava foto el muchacho estaba erecto bajo los calzoncillos. Se había resistido más de lo que había imaginado y, aunque cedió a las ocho fotos, lo hizo bajo la condición de que no se le viera la cara. Acepté sus exigencias e incluso aquella serie fotográfica me resultó excitante.

De nuevo observaba a una víctima haciendo algo a lo que tenía terror y le costaba sobremanera aceptar. Lo que siguió fue una intensificación sorprendentemente lenta. A su debido tiempo, el muchacho se dejó fotografiar desnudo pero sin que apareciera su rostro. Mediante más manipulaciones y sobornos, acabó cediendo y me dejó fotografiarlo en varias poses desnudo, incluso masturbándose. En las fotos se le veía entero, cara incluida. Acto seguido amplíé la colección para que se le viera en distintos entornos, algunos al aire libre y al final conseguí una serie en la que aparecía atado y amordazado simulando actos sádicos. Llegó un momento en que fue perdiendo emoción, por lo que empecé con el siguiente muchacho.

Con cada víctima, independientemente del número y variedad de fotos que acabara haciendo, realicé una serie de ocho fotos en las que se veía al niño desnudo en una postura idéntica y en el mismo entorno. Cuando hube terminado esta serie con la segunda víctima, coloqué las fotografías de los dos niños unas junto a otras y me cautivó la sensación de poder ser capaz de exigir representaciones idénticas a cada uno de ellos. Con el tiempo, tanto el número de víctimas fotografiadas como mi sensación de control aumentaron sobremanera.

Al cabo de poco tiempo tenía veintidós sobres marrones medianos guardados en un arcón de madera de mi dormitorio. Cada sobre contenía el archivo fotográfico completo de una víctima. Todas mis víctimas fotografiadas habían llegado al punto en que ya no se resistían a las fotos. Lo más excitante era preparar una instantánea con una pose idéntica para todos los niños y experimentar la enorme sensación de poder al saber que había obligado a todos ellos a hacer exactamente lo mismo en el mismo lugar a pesar de su temor a ser fotografiados.

En muchos casos barajaba las fotos como si fueran naipes y elegía al azar una víctima para el fin de semana siguiente. Mientras me sentaba a observar las fotos de las distintas víctimas, sentía un placer retorcido al saber que podía elegir a un niño y hacer prácticamente lo que quisiera con él. Sabía que tenía al alcance de la mano cualquier perversión sexual concebible pero ya no había excitación, ningún reto y ni siquiera parte de la emoción derivada de observar a una víctima alcanzar el duro momento de la rendición.

### **AMY: EL TRATAMIENTO DE LOS AGRESORES SEXUALES**

¿Cuál es el mejor método para tratar a los agresores sexuales? Desconozco la respuesta. Sólo sé, tanto a nivel profesional como personal, lo que no funciona. En las cárceles veo que ponen en libertad a más agresores que conocen bien las calles. Creo que una terapia rigurosa, junto con la custodia de los agresores de niños, es la mejor herramienta que tenemos para proteger a nuestros hijos y ocuparnos de la epidemia de abusos sexuales de la que nuestra sociedad sigue aquejada.

Sé que nos queda mucho trabajo por hacer en lo que se refiere a identificar los abusos y a los agresores sexuales y que, si continuamos teniendo una visión limitada de nuestras creencias respecto a las características de los posibles sospechosos, seguiremos viviendo en la negación y nuestros hijos seguirán corriendo riesgos. También soy consciente de que, a no ser que convencemos a los agresores de que necesitan ayuda, nunca acabaremos con los abusos sexuales.

En una ocasión Alan buscó ayuda para su problema de

pedofilia. Casualmente, acudió a un hospital psiquiátrico en el que yo trabajé, pero su ingreso se produjo antes de que yo trabajara allí. En cuanto lo ingresaron en la unidad lo interrogaron. Le hicieron muchas preguntas, pero ninguna relacionada con su sexualidad. Si le hubieran formulado ese tipo de preguntas, tal vez podría haber explicado el tipo de ayuda que necesitaba desesperadamente. Por el contrario, alegó depresión y pronto le dieron el alta sin ni siquiera hablar del problema que tenía. A no ser que a una persona se le pregunte y se le dé permiso para hablar de su sexualidad, es sumamente improbable que revele la verdad.

El se consideraba demasiado monstruoso como para recibir ayuda. Tras esta experiencia, se figuró que no tenía remedio. Se resignó a su suerte y siguió abusando de niños durante muchos años.

Mi tesis doctoral se centró en los adultos que tenían enfermedades psiquiátricas así como antecedentes de abuso sexual. No me costó demasiado encontrar voluntarios para participar en mi investigación: una gran mayoría de las personas que padecen problemas mentales ha sufrido abusos. Lo único que tenía que hacer era formular la pregunta adecuada. Sin embargo, el personal de la mayor parte de los centros psiquiátricos no pregunta por los abusos sexuales. Pregunta por el consumo de drogas y alcohol, si escuchan voces, si piensan en suicidarse o matar a otras personas. No estoy diciendo que el hecho de haber sufrido abusos lleve directamente a un hospital psiquiátrico, sino que es muy importante preguntar por lo que puede estar oculto, como los abusos sexuales. Muy pocos enfermos están dispuestos a hablar de sus implicaciones o experiencias personales.

Yo misma fui reacia a hablar del tema durante muchos años. Mi mayor temor era que la gente asumiera que como había sufrido abusos sexuales, yo abusaría de mis hijos. También podría haber temido que como mi padre y su familia eran alcohólicos, la gente asumiera que yo acabaría convirtiéndome en alcohólica. Pero los modelos de conducta y experiencias negativas también enseñan cosas positivas. El hecho de conocer los peligros del alcohol me hizo decidir que nunca utilizaría la bebida como un mecanismo para enfrentarme a una situación determinada.

La misma concienciación existe en mi relación con mis hijos. Dada mi experiencia como víctima de abusos, soy la clase de madre preocupada por la protección de sus hijos, por ayudarles a conocer su cuerpo de manera activa y respetar sus límites e intimidad. Pero mi capacidad para hablar claramente sobre los abusos sexuales que sufrí me exigió mucho tiempo, terapias, educación y apoyo.

Fui afortunada al tener la oportunidad de curarme.

Sé lo que piensan mis colegas profesionales sobre mi trabajo con los agresores sexuales. Los principales sentimientos que expresan sobre estas personas son desagrado, repugnancia y desdén. Creo que lo que provoca estas sensaciones es un miedo subyacente. Tememos lo que desconocemos; no podemos subsanar lo que no comprendemos.

Quienes expresan esa conmoción y repulsión al parecer trabajan con otros pacientes pero, en realidad, también trabajan con agresores. El tema que no se menciona. Cuando hablo sobre mis otros pacientes —víctimas de abusos sexuales, niños con tumores cerebrales, adolescentes con trastornos alimenticios, adultos heridos en accidentes— muchas

personas del público general, no profesional, expresan empatía por mis pacientes. Sin embargo, no oigo expresiones de gratitud pública hacia mi trabajo con los agresores sexuales. La reacción más común es el silencio.

Por supuesto, yo también formo parte de la sociedad. Crecí en la sociedad estadounidense, y también tengo sentimientos personales hacia la pederastia. Sentimientos muy intensos, dado mi historial de abusos sexuales. Me ha costado mucho mantener una relación con mi padre. Cuando los primeros recuerdos se agolparon en mi memoria, me costó lo indecible sentarme a la misma mesa con él para informarle de los recuerdos y escuchar su réplica a los mismos.

Primero supe de su escaso grado de responsabilidad personal: «Nosotros somos alcohólicos y no recordamos lo que hacemos cuando estamos borrachos».

Tras decirle lo que necesitaba decirle no volví a verle durante varios años. Estaba demasiado enfadada, demasiado herida. Después de muchas terapias y reflexiones caí en la cuenta de que la ira no me ayudaba en absoluto. Por cuanto sabía, los abusos de mi padre se limitaron a mi persona. Los abusos cesaron cuando mi abuelo falleció y cuando los recuerdos aparecieron mi padre se había jubilado y casi nunca salía de la casa en la que sigue recluido al cuidado de una enfermera. Si hubiera sospechado que se disponía a abusar sexualmente de otra víctima habría hecho lo indecible para impedirselo. Dado que no había otras víctimas en peligro decidí que no presentaría cargos.

Estoy convencida de que la mayoría de las personas son básicamente buenas y decentes, pero son capaces de hacer cosas terribles. Algunas personas son enfermizas y retorci-

das y hacen cosas horribles. Sigo teniendo fe en su humanidad, no para perdonarles o negar la necesidad de evitar que causen más daño, sino porque creo que la gente puede cambiar, por poco que sea.

Los primeros sentimientos de ira y dolor al saber lo que me habían hecho mi padre y abuelo se transformaron en pena por lo que me había pasado. El cambio de actitud no infravaloró la importancia de las consecuencias de los abusos sexuales que había sufrido. No impidió que buscara la ayuda que necesitaba para recuperarme de la mejor manera. No evitó que hablara claramente sobre esos abusos sexuales con mis amigos y familiares. No impidió que fuera prudente para no ser victimizada en otros ámbitos. Sin embargo, me permitió tener más oportunidades para elegir cómo enfrentarme a las relaciones de mi vida. Decidí mantener contactos ocasionales y limitados con mi padre. Descubrí que me beneficia el hecho de intentar comprender qué le impulsa a hacer lo que hace, de conocerle mejor para así conocerme mejor. Desde luego, resultó más saludable que aferrarme a la ira inicial.

Los cambios de mis propias reacciones para con los abusos sexuales podrían reflejarse en la percepción de la sociedad en cuanto al trato que se merecen los agresores sexuales. Cuando superemos la indignación quizá veamos con más claridad cuál es la manera más eficaz de abordar el problema: cómo tratar a los criminales que han victimizado a niños, cómo ayudar a quienes comienzan a convertirse en depredadores sexuales y cómo facultar a nuestros hijos de modo que se vuelvan invulnerables a los abusos sexuales.